# CONTACTOS INTERLINGÜÍSTICOS EN EL MUNDO HISPÁNICO: EL ESPAÑOL Y LAS LENGUAS INDÍGENAS DE AMÉRICA

La lingüística estructural ha puesto en claro el amplio juego de las fuerzas internas —simetría, equilibrio, economía, diferenciación— que mantienen y regulan la vida de la lengua, y su desarrollo. Y ha estimulado también, como contrapartida, el estudio de las fuerzas externas, sobre todo el contacto interlingüístico e interdialectal, que es uno de los factores más activos de la evolución lingüística. Sólo que la acción de las fuerzas externas ya no puede verse a la manera del viejo substratismo como una azarosa aventura, sino como una acción que se opera dentro del marco del sistema, el cual es en última instancia la fuerza reguladora. Sin descartar del todo los casos en que el contacto de dos lenguas se produce bajo las formas de una conquista más o menos destructiva, queda amplio campo para los variados procesos de integración lingüística, o sea el juego recíproco de dos sistemas en contacto y la constitución laboriosa de un nuevo equilibrio.

El mundo hispánico —la Península Ibérica, Hispanoamérica (incluyendo el suroeste norteamericano), Filipinas, los núcleos dispersos del judeo-español— constituye un vasto territorio para el estudio de los más variados y complejos problemas del contacto de lenguas (de substrato, superestrato y adstrato). Y aun para ver la influencia recíproca entre las distintas regiones hispanohablantes y un activo proceso de nivelación interhispánica: la continua penetración de americanismos en el castellano peninsular, de argentinismos, mejicanismos o cubanismos en las distintas regiones hispanoamericanas. Se opera hoy en todos los ámbitos del español una multiforme acción interlingüística, como expresión de un mundo cada vez más abierto al movimiento de pueblos y al desarrollo universal de la cultura.

Del cúmulo de temas y problemas de ese contacto vamos a abordar aquí uno de los más tentadores: la influencia de las lenguas indígenas sobre el español de América. Al hacerlo, prescindiremos por ahora de la influencia léxica —préstamos, pseudomorfosis, interferencias, etc.—, en general mejor conocida, de la enumeración de sufijos —algunos formativos— que han penetrado con el léxico, de las contaminaciones sintácticas en el español de las zonas bilingües y de la formación, en algunas fronteras, de lenguas mixtas de comunicación, más o menos inestables. Vamos a afrontar hoy un problema general que afecta al sistema fonológico, y para ello partiremos

del contraste entre el fonetismo de las tierras altas y de las tierras bajas.

Don Pedro Henríquez Ureña ha sido el primero —que nosotros sepamos— que ha señalado ese contraste (en 1921, en la *Revista de Filología Española*). Las tierras bajas tienden en general a relajar el consonantismo, sobre todo el consonantismo implosivo. Las tierras altas, por el contrario, tienden en general a reforzarlo, mantienen las consonantes implosivas del español y adoptan implosivas nuevas, fonemas nuevos y grupos consonánticos extraños a la lengua. Claro que ninguna de las tendencias se cumple de modo completo y uniforme en ninguna de las regiones, y que hay amplias zonas en que convergen y entran en conflicto los dos tipos fonológicos, que tienen su realización extrema, el uno en el área antillana, el otro en la meseta mejicana.

Ante todo, llamamos "tierras bajas" las vastas regiones de las costas, y de los llanos que las prolongan. Dentro de ellas hay extensiones más o menos grandes que pueden elevarse hasta dos mil metros de altura, pero que por su formación, su población ,sus formas de vida, constituyen una unidad con las tierras bajas vecinas. Y llamamos "tierras altas" la vasta porción de mesetas que se extienden desde Méjico, a través de la cordillera de América Central y de los Andes de América del Sur, hasta el Norte argentino. No faltan tampoco en esta área valles profundos y grandes llanuras, pero son una prolongación de las tierras altas contiguas. Mientras que las "tierras bajas" estuvieron pobladas por una enorme cantidad de tribus dispersas, fraccionadas, sin cohesión cultural ni política, sin grandes centros, las "tierras altas" fueron asiento de las grandes culturas precolombinas y cobijaron, bajo cierta unidad política, densos núcleos de población que en gran parte, más o menos puros, más o menos desintegrados, subsisten hasta hoy.

## I

Resumamos, en sus líneas más generales, el fonetismo de las tierras bajas.

1. Las oclusivas sordas **p, t, k** y las sonoras correspondientes **b, d, g** tienen timbre suave y tensión relativamente débil. Navarro Tomás lo ha señalado en Puerto Rico, y la observación se puede sin duda generalizar. El debilitamiento es extremo en las fricativas **b̥, d̥, g̥.** La **b̥** de Puerto Rico se articula con mayor abertura labial y fricación más leve y blanda que en el español general, y entre vocales posteriores *(lobo, cubo, cabo)* apenas se percibe resto de la **b̥,** que llega a desvanecerse *(clao, Cúa)*. El debilitamiento y pérdida de **d̥,** la cual es mucho más frecuente en la lengua que la **b̥** o la **g̥,** llega a ser espectacular, sobre todo en el habla popular y familiar de algunas re-

giones: se oye no sólo *soldao* (o *soldáu*), *cuidao* (o *cuidáu*), *ganao* (o *ganáu*), sino también *venío*, *perdío*, *comía*, *limoná*, *peoná*, *corazoná*, *chivúo* o *chivú*, *monea*, *deo*, *piazo*, *toavía* (o *tuavía*), *de mo y manera*, *to* (y *toíto* o *tuito*), *na* (y *naíta* o *naitica*), *ca* (cada), *mae* o *may* (madre), *pae* o *pay* (padre), *cas'e Juan* (casa de Juan), *puea* (pueda), *puen* (pueden), *no ilata* (no dilata, 'no tarda'), *espreocúpese*, etc. En Puerto Rico se relaja aun la **d** ante *n*, *l* (*granne*, *espal-la*, etc.). En muchas regiones también se pierden total o parcialmente la **b** y la **g**: en partes de Nuevo Méjico y Colorado (sobre todo en Albuquerque y Valle del Río Grande), *traajo* (trabajo), *staa* (estaba), *no ale naa* (no vale nada), *no eo* (no veo), *alcao* o *alcáu* (al cabo), *centao* (centavo), *ao* (hago), *dío* (digo), *ruéale* (ruégale), *me usta* (me gusta), *háanos* (háganos), *dianos* (díganos), etc.

El relajamiento de estas consonantes, que es general en las costas de Colombia, llega en algunos casos hasta las alturas de Bogotá y Antioquia: *centao* (centavo), *sae* o *sé* (sabe), *s'equïoca* (se equivoca), y apenas un débil resto de *b* percibe Luis Flórez en formas como *sacaba*, *gritaba*, *estaba*, en la pronunciación vulgar. La abertura de la *-d-* explica también la pronunciación *pieira* (piedra), *lairío* (ladrido), etc., de Chile, Puerto Rico y partes de Colombia. Entre las tierras de relajamiento de la *d* debe incluirse la Argentina y el Uruguay, aunque la escuela la está reponiendo activamente (en el Litoral no parece haberse perdido, en la pronunciación popular, más que en la terminación *-ado* y en la posición final).

2. La *ch*. En Puerto Rico ha señalado Navarro Tomás una "che adherente" parecida a la *t* palatal del guipuzcoano. Es decir, pérdida del elemento fricativo: *muṭaṭo*. "El forastero —dice— percibe el efecto blando de esta articulación". La observó también en personas de tierras bajas de Venezuela (Miranda y Lara) y de Colombia (Cartagena), aunque con menos claridad. En esa misma zona de Colombia (en todo el Dep. de Bolívar) la ha observado José Joaquín Montes (*BICC*, XVII, 448): "oclusión fuerte y amplia y reducción al mínimo de la fricación (**lét̠ˢe, ót̠ˢo,** etc.). Luis Flórez señala en todas las costas de Colombia una *ch* de fricación relativamente blanda. Más general parece el relajamiento y pérdida del elemento oclusivo *(mušašo, ošo)*, que se ha señalado en Nuevo Méjico (al sur de Albuquerque y en los pueblos fronterizos de Méjico, sobre todo entre los jóvenes), en Panamá, en partes de Chile, y en Santo Domingo (ocasionalmente), y al parecer también en Cuba.

3. La *y*. Aunque en una gran extensión de nuestras tierras bajas la *y* (incluimos en ella la *y* < *ll*) presenta variedades rehiladas y africadas que implican un refuerzo articulatorio (la *y* rehilada, a veces africada, del litoral

argentino; la ŷ africada del Paraguay), tiene bastante extensión la variante relajada: articulación estrecha, con fricación blanda y suave. En Nuevo Méjico señalaba Espinosa una *y* más abierta, débil y relajada que la española, en realidad una semiconsonante: *májo*. "El nuevomejicano —observaba— necesita un esfuerzo especial para decir *mayo* con *y* a la castellana". Esa *y* se pierde a veces en posición inicial, en conversación rápida (**kómo se áma, kerí ebárlo, la érba**). Pero la pérdida es más general en posición intervocálica, y se da en todo el Norte (excepto en Santa Fe), con regularidad, en determinado contexto fonético: *gaína, estrea, ea, estreíta, sía, siíta, bïete, mïón, patïudo, poíto, tüido*. En el valle de San Luis, en el sur de Colorado, registraba una pérdida menos sistemática: *vaa* (vaya), *raa* (raya), *caa* o *ca* (calla), *cayar* o *caar; caye, cae* o *cay; vaye, vae* o *vay; ceboya* o *ceboa*, etc. En el Norte de Méjico (desde Querétaro) se puede comprobar el debilitamiento de la *y*, que se funde en muchos casos con una débil $^{y}$ antihiática (*río* y *amarillo, sea* y *estrella* se pronuncian con la misma terminación), y también en el sur, en Oajaca, Guerrero, Morelos, Yucatán, Chiapas *(sía, gaína, estrea, cabao, ceboa, poo, caa, cabeúdo)*. Pero es más frecuente el debilitamiento que la pérdida completa.

En El Salvador la fricación es muy suave, y ante *i* lo es tanto, que a veces es difícil saber si se oye *gayina* o *gaína, capiya* o *capía, siya* o *sía*, etc. Lo mismo pasa en Nicaragua *(novío, presía, botea, cabeo)*, y seguramente también en Honduras. En Guatemala se ha registrado entre el vulgo *martío, ardía, canía*, junto a *caseriyo, sandiya*, etc. (unificación de terminaciones en una *y* muy débil). En Puerto Rico la *y* tiene articulación estrecha y fricación blanda y suave, pero en posición inicial es africada. Luis Flórez señala que en algunas partes de Antioquia la *y* < *ll* es más blanda y relajada que la ordinaria *(Va$^{y}$ejo* o *Vaiejo)*, y oye a un campesino de Medellín: "¿Cómo le fue pu aá?", "Vino ayer di aá". En la costa colombiana del Pacífico (en Chocó) registra *aá, me zabüí, nos zabüímos*. Y en la del Atlántico (en San Basilio de Palenque, del Dep. de Bolívar) observa José Joaquín Montes la pérdida general entre vocales palatales: *gaína, cabeo, poíto, cuchío*, etc. (*BICC*, XVII, 448). En la costa del Ecuador (en la provincia de Esmeraldas, etc.) se ha señalado *gaína, maravía, poíto, chiquío*, etc. También en la costa del Perú: *gaína, semía, cuchío, medaíta*, etc. En la provincia argentina de San Luis y en gran parte del interior argentino encuentra Berta Elena Vidal de Battini la pronunciación *arroíto, gaína, medaíta, semía, presía, poíto, apeído, cabaíto, amarío, novío, cuchío, estrea, aqueo, centea, botea*, y también *riyo* (río), *Mariya* (María), etc.

4. La *f* se articula bilabial, es decir, con relajación del contacto dental,

en gran parte de Hispanoamérica. En Puerto Rico es "más blanda, más bilabial y menos tensa que la del español ordinario". En Nuevo Méjico se da la labiodental ("descuidadamente articulada"), pero más general es una bilabiofaríngea aspirada sorda, es decir, una bilabial fricativa sorda con aspiración faríngea [o laríngea] que se funde con la *j*. En El Salvador observa Canfield la vacilación entre la labiodental y la bilabial ante *ue* (los más la pronuncian bilabial), ante *u (difunto)* y en voces como *familia*, *fácil*, *fogón*, etc.; en muchos casos se aspira (*injundia*, *perjumaba*, *jurioso*, *injierno*, *jlores*, *se jueron*, etc.). La bilabial se ha señalado también, con mayor o menor arraigo, en las costas de Colombia, en Venezuela, el Paraguay, la Argentina, Chile, etc. Veremos también su extensión en las tierras altas. Hay que separar los casos de conservación de la vieja pronunciación aspirada (*jue*, *juerte*, *juir*, etc.). Al parecer la aspiración de la *f* tiene en algunas regiones hispanoamericanas mayor amplitud léxica que la que tuvo en el español peninsular, sin duda como consecuencia del relajamiento articulatorio.

5. La *s*. La articulación de la *s*, y sobre todo su aspiración y pérdida, es la piedra de toque de la división entre tierras bajas y altas. Hay en las tierras bajas los más variados tipos de *s*, y aun se encuentra en muchas partes la ápicoalveolar cóncava de Castilla (hasta en Puerto Rico). Pero parece predominar una *s* predorsal plana o convexa, o una apical o coronal plana, con contacto alveolar, dento-alveolar o dental, con fricación blanda y suave, a veces muy breve. En todas partes se manifiesta una tendencia mayor o menor al relajamiento o descenso del contacto lingual. De ahí la variedad ciceada, parecida a la *z* interdental castellana, que se ha señalado en diversas regiones, más o menos aisladas, de nuestras tierras bajas (en partes de Puerto Rico, Colombia, Venezuela, El Salvador, la Argentina). Y de ahí también la aspiración y pérdida de *s*, sobre todo en final de sílaba o de palabra, característica del español de todas las tierras bajas, con penetración profunda hasta las alturas de Bogotá y las del Norte argentino. La aspiración se da frecuentemente en todas las clases sociales, con intensidad variable según el sector social, la región y el contexto fonético.

Esa aspiración se ha señalado, con modalidades diversas, que llegan hasta la pérdida completa, en todas las Antillas, las costas y llanuras de Venezuela y Colombia, una amplia zona de Méjico (las costas de Veracruz, Tabasco y Campeche, partes de Chiapas, Morelos, Guerrero y Oaxaca), Panamá, El Salvador, Nicaragua y Honduras, las costas del Ecuador y del Perú, Chile, Uruguay, Paraguay y la mayor parte de la Argentina (salvo la provincia de Santiago del Estero y la Puna septentrional). En muchas regiones la aspiración llega a afectar a la *s* intervocálica y a la inicial en interior de grupo

fónico. Así, en Chile, sobre todo en los sectores más populares: *meha, caha, coha, heñol* o *hiñol*, etc. En la costa del Pacífico de Colombia, *no heñó, sí heñó, no halió, no he me quere cayao* (no se me quede callado); en la pronunciación vulgar de Bogotá *nohotros, no heñor, sí heñor, una heñora, las cahas, no he dañe* ("fácilmente se relaja la *s* del pronombre *se*"); en las tierras bajas de Antioquia (en contacto con la costa atlántica), *mahamorra, nohotros, munihipal, ¡quéheso!* (¡qué es eso!), etc., y también *la hal, el hol, la habaleta, cincuenta hentímetros*, etc. En Nuevo Méjico *hiempre, huelta, lo hapatoh, la hábanah, lo locoh, do realeh, la luh*, etc. En otras regiones esta pérdida es sólo ocasional y se da en formas de desgaste excepcional: *hí heñol*, en el interior de Venezuela; *hí heñor*, en la región guaranítica.

En algunas regiones la pérdida de la *s* final puede ser completa, y en Puerto Rico ha provocado una fonemización de la vocal final: *¿ónde va?*, con *a* palatal es tercera persona, con *a* velar es segunda *(vas); pie*, con *e* cerrada es singular, con *e* abierta es plural *(pies); dio*, con *o* cerrada es del verbo *dar*, con *o* abierta es *Dios*. En Chile señalaba Lenz que la pérdida completa de la *s* final en voces agudas daba carácter aspirado, de corte brusco, a la vocal final: **krú**ᶜ (cruz), **mé**ᶜ (mes), **narí**ᶜ (nariz), **lombrí**ᶜ (lombriz), **dó**ᶜ (dos), **bó**ᶜ (vos), pero **lápe** (lápiz). En las costas y llanos de Venezuela la *s* final absoluta se oye como una aspirada con resonancia nasal: *má***h̃**, *do***h̃**, *adió***h̃**. La misma resonancia se ha registrado además en Tolima y Huila (Colombia) y en Guadalajara (Méjico), región que no aspira la *s*.

En gran parte de nuestras tierras bajas esa aspiración procedente de *s* ha venido a coincidir fonéticamente, como veremos, con la **h** procedente de *j* o *g* (*jefe, general*, etc.), con la de *f* (*juir, jue, juerte*, etc.) y aun con la de *r* *(cahne, pehla)*. Sin embargo en Antioquia, donde llaman *jotiar* (es decir, pronunciar como *jota*) el pronunciar aspirada la *s*, señala Luis Flórez que la **h** procedente de *s* aspirada es más débil que la de *j*.

6. La *j* de *jefe, general, jinete, Jorge*, etc., se pronuncia en gran parte de las tierras bajas como una débil aspirada faríngea o laríngea (**h**), que contrasta fuertemente con la **x** velar sorda del castellano. Esa aspiración es general en todas las Antillas, en toda Venezuela (aun en las alturas de los Andes), en la costa y llanos de Colombia (llega hasta Bogotá), en Panamá, El Salvador, Honduras y Nicaragua, en la costa del Golfo de Méjico, en Nuevo Méjico y en la costa del Ecuador, pero no en Chile ni en la región rioplatense (Argentina, Uruguay, Paraguay). A veces se debilita entre vocales hasta sonorizarse, y ocasionalmente llega a perderse. Ya hemos visto que esa **h** se funde, aunque no en todas partes, con la aspiración procedente de *s*.

7. La *r* y la *l* sufren una serie de cambios característicos de las tierras bajas, de los cuales el más espectacular es la frecuente neutralización en posición implosiva. El sonido resultante puede ser intermedio entre *r* y *l* o estar más cerca de una o de otra, según las regiones. Esta neutralización, que ha estudiado ampliamente Amado Alonso, llega a veces a los sectores cultos y es rasgo difícil de desarraigar. Se da en islotes discontinuos, sobre todo en las Antillas (es la zona de mayor coherencia geográfica), en la costa del Golfo de México, en Panamá, en la costa y llanos de Venezuela y Colombia (parece más frecuente, según Luis Flórez, en la costa del Pacífico que en la del Mar Caribe), en la costa del Ecuador y del Perú y en el centro de Chile (con la contigua región argentina de Neuquén).

Menos espectacular, pero aún más frecuente, es el relajamiento y pérdida de la *-r* final, que se da en todas esas regiones y además en Nuevo Méjico, sobre todo en los infinitivos *(voy a cantá, quiero comé)*, muchas veces hasta entre la gente culta. Con menos regularidad se encuentra en otras voces: *señó, mujé, caló, Manué, papé*, etc. (en las costas de Colombia además *fáci, inúti*, etc.). La asimilación de la *r* de los infinitivos a la *l* del pronombre enclítico (*decile*, decirle) rebasa en realidad el área de relajamiento de la *-r*, aunque quizá la reducción de la *l-l* geminada a una sola *l* se dé sobre todo en nuestras regiones. Esa asimilación se ha extendido analógicamente al contacto de *-r* con cualquier pronombre enclítico: *decime* "decirme", *inos* "irnos", *contate* "contarte", *sentase* "sentarse", etc. (llega hasta las tierras altas de Venezuela, Colombia y Costa Rica). En Santo Domingo, según observaba Henríquez Ureña, la *r* final, que a veces se pierde *(mujé, po* o *poque;* igualmente *papé)* puede convertirse en una brevísima aspiración con resonancia nasal, sobre todo si hay otra nasal en la palabra (*mejoh̃, comeh̃, bañah̃, venih̃*); la *r* y la *l* implosivas pueden asimilarse a la consonante siguiente *(cueppo, vedde, cagga, canne, Cammita, isse, sibbe, trael-lo, puppo, fadda, aggo, amma)*. En Cuba se ha registrado con regularidad *cobbata, veddá, cueppo, caddo* (caldo, cardo). En Puerto Rico, según Navarro Tomás, la asimilación a las oclusivas *p, t, k* parece menos notoria que en otras regiones antillanas; entre vecinos de color de Loíza registró *casa atta, cuedda lagga, en ek camino;* en Trujillo Alto, *pokke;* la asimilación es más corriente ante *m, n, l: pamma, invienno, minnoveciento, chal-la, dejal-lo*. "El elemento correspondiente a la *l* o *r* asimilada —dice— pasa en estos casos por diversos cambios de articulación, ensordecimiento, aspiración, nasalización," etc. Esa asimilación se ha señalado también en Panamá *(puetta, vedde, fadda, atto)*, y Luis Flórez observa que es característica de las hablas del litoral de Colombia: *Cattagena, cebbeza* (cerveza), *accadde* (alcalde), *Abbetto, gop-*

*pe*, etc.; es lo que en la costa atlántica llaman *hablar golpiao*. En Chile observa Lenz (*BDH*, VI, 115, 253) que en *arte, multa, gordo, sordo, tierno*, el grupo consonántico sonaba casi como una consonante larga (transcribe *atte, mutta, soddo, god:o, tien:o*). Es evidente que no puede pensarse en una geminación de la consonante asimiladora, sino en un débil resto de *r* o *l* enteramente asimilado a la consonante siguiente.

De todos modos el relajamiento de la *r* en cualquier posición, la pérdida de su carácter vibrante, su transformación en fricativa débil, es muy general, y se da hasta en la meseta de Bogotá; en la costa colombiana del Pacífico la intervocálica se trueca corrientemente en *d: ligedo, cada* 'cara', *dinedo, dudo* 'duro', etc. Más difusión general tiene la aspiración de *r* ante *l* o *n* (*cahlos, buhla, pehla, gobiehno*, etc.), que se da —al parecer en islotes discontinuos— en Santo Domingo, Puerto Rico, Cuba, Panamá, en la costa y llanos de Venezuela y Colombia, en la costa del Ecuador, en Chile, en Nuevo Méjico y seguramente en otras partes.

Dentro del proceso general de relajamiento de *r* y *l* hay que considerar también la vocalización, que se ha señalado en algunas partes de Santo Domingo (*coméi, poique, Isabéi, sueido*, etc.), que era muy frecuente en Puerto Rico a mediados del siglo pasado, a juzgar por los textos folklóricos (Navarro Tomás sólo encuentra hoy débiles restos) y que Pichardo observaba también entre los negros curros de Cuba. Se da todavía en la costa colombiana del Pacífico *(pueico, heimana, ei marido, vueivo, Deifina)*.

8. La *rr*. En Puerto Rico la articulación alveolar múltiple es la menos frecuente; la velar es hoy la más extendida, y parece invasora, con tendencia al ensordecimiento en cualquier posición. Ocasionalmente se oye también *rr* velar en personas de Santo Domingo, Cuba y costa de Colombia (del Pacífico). Navarro Tomás describe también en Puerto Rico una *rr* que llama "mixta", que empieza con un elemento fricativo de timbre vacilante, alveolar o velar, y termina como una *rr* alveolar semivibrante o fricativa: "Se obtiene un efecto aproximado anteponiendo a la *rr* castellana una débil *j* o una aspiración sonora". Sin duda esta *rr* mixta es igual que la que se da frecuentemente en la costa oriental de Venezuela: es como si la primera vibración de la *rr* se aspirara (**káhrō**). Y sin duda está en relación con la aspiración de *r* ante *l* o *n (pehla, cahne)*. En las costas de Colombia señala Luis Flórez una pronunciación análoga, que transcribe, de modo aproximado, como *cojrré, cojrriendo, jrosa, Jramón*. Todas esas formas "mixtas" representan —nos parece— un primer paso hacia la velarización de la *rr*.

9. La *n* velar, variante relajada de *n*, se da en posición final con toda regularidad en las Antillas ("con timbre confuso y oscuro", en Puerto Rico),

en las costas y llanos de Venezuela y Colombia (en la costa del Pacífico alterna con la labialización, más frecuente: *pam*, *biem*, etc., sin oclusión completa; en la costa atlántica, al menos en San Basilio Palenque, se pierde casi invariablemente tras *o: jabó*, *arpó*, etc.), en El Salvador y seguramente en otras partes. Boyd-Bowman (*El habla de Guanajuato* y *NRFH*, VII, 228) la encuentra en la costa mejicana de Tamaulipas, Veracruz, Tabasco y Campeche y en los estados de Puebla y Morelos, Guerrero, Oajaca y Chiapas; en Guatemala y Nicaragua, en la costa y Sierra del Ecuador y en el Río de la Plata (es decir, llega hasta las tierras altas del Ecuador y de Guatemala). Y dice que se extiende a toda *n* final ante pausa, ante vocal, ante nasal y ante velar: *Juaŋ*, *estacióŋ*, *nos daŋ otro*, *eŋ uŋ aviónŋ militar*, *uŋas*, *coŋ nohotro*, *eŋ México*, *coŋmigo*, *uŋ limón*. La vocal precedente se nasaliza con mayor o menor intensidad (casi "a la portuguesa") en El Salvador, Nuevo México, etc. Por lo menos en Venezuela la gente siente la diferencia entre la *-n* alveolar andina, enfática, y la *-n* velar relajada de Caracas y el resto del país.

Podemos sistematizar ahora el fonetismo de las tierras bajas. En sus manifestaciones más visibles, observamos el relajamiento de la *ch* en dos direcciones: *muṭaṭo*, *mušašo;* el relajamiento y pérdida de **b, d, g,** sobre todo de sus variedades fricativas (es ostensible la pérdida de *d*, la cual debiera ser más firme, por su carácter apical); el relajamiento y pérdida de *y* (*gaína*, etc.); el relajamiento, aspiración y pérdida de *s;* el relajamiento de la *j*, convertida en débil aspiración laríngea (**hórhe**), de carácter invasor, que se funde con la aspiración de la *f*, de la *s* y de la *r;* el relajamiento y pérdida de *r* (*quiero comé)*, su fusión con *l (caldo = cardo, alma = arma)* y su aspiración ante *n* o *l (cahne, pehla);* el relajamiento de *l —papé, Manué, acca*$^{d}$*de* (alcalde)—; la velarización de *rr (carro)* o su ensordecimiento y aspiración parcial *(cahrro);* la velarización de *n* final y su extensión a otras posiciones. Estamos ante los resultados extremos de una tendencia general que actúa en nuestras tierras bajas sobre todo el consonantismo, con profundidad variable, con modalidades diversas.

Esa tendencia se ha explicado en algunas de sus manifestaciones como una retracción o velarización de la articulaciones, como un descenso en la articulación lingual *(lingua plana)* o una tendencia estructural a la sílaba abierta. Pero como no afecta sólo al contacto lingual, sino también al bilabial y al labiodental, y como no se limita a las consonantes implosivas finales de sílaba, sino que afecta en rigor a todo el consonantismo, aun al inicial de sílaba, hay que considerarla como tendencia general a la relajación conso-

nántica. Relajación que resulta de un debilitamiento de la tensión articulatoria (lengua, labios), de un contacto laxo o una separación de los órganos articuladores, de una baja en el impulso espiratorio, de una asimilación de los sonidos más débiles por los nexos vecinos.

Aunque esa relajación consonántica no se cumple por igual en todas partes ni afecta a toda la masa verbal, tiene sin embargo una coherencia sistemática, y se explica como prolongación o cumplimiento gradual de viejas tendencias del castellano, extremadas en su variedad meridional, el andaluz. Las zonas periféricas cumplen por lo común hasta sus últimas consecuencias, y con mayor rapidez, las tendencias reales o virtuales de la lengua. Para explicar todo ese conjunto de hechos no necesitamos recurrir a razones climatológicas ni a influencias extrañas —las lenguas indígenas o las africanas, tan socorridas habitualmente—, y si en efecto se dan de modo más ostensible en la población de color es sin duda porque ella pertenece en todas partes a los estratos sociales en que se manifiestan más libremente las tendencias dialectales extremas, los menos expuestos a la nivelación de la lengua culta. Estamos en ese terreno íntegramente dentro de la tradición castellana, que a su vez prolonga tendencias seculares del románico occidental.

## II

Frente a ese relajamiento general del consonantismo de las tierras bajas, de claro abolengo castellano, tenemos en las zonas altas un panorama totalmente diferente. Y aquí hay que seguir con más lentitud, porque estamos entrando en materia.

1. a) Las oclusivas **p, t, k, b, d, g,** presentan en general tensión enérgica. Prescindiremos aquí, por su carácter circunscrito, de casos extremos, como el español de Yucatán, tan característico, con sus "consonantes heridas" o glotalizadas, enfáticas, a la manera del maya, incorporadas al vocabulario general *(k'ab'ayo)*. O del español de amplios sectores de la Sierra peruana (Arequipa y todo el Sur) con su *q* gutural explosiva a la manera del quechua en una serie de indigenismos (*qoncha,* 'fogón'). Son tierras de densa población indígena, y en ellas el indio y el mestizo trasladan a su español los hábitos articulatorios de la lengua materna (se conoce la riqueza del sistema consonántico maya, con sus cuatro pares de oclusivas sordas, y las peculiaridades del quechua, con sus seis oclusivas guturales sordas). Queremos considerar aquí hechos más generales, que afectan de modo significativo al fonetismo de todas las tierras altas.

Uno de ellos es que el español de las mesetas pronuncia en general plena-

mente, y a veces enfáticamente, las consonantes implosivas de los grupos cultos, que en cambio no se pronuncian en el habla popular de las tierras bajas ni en el español popular de la Península. Claro que no se puede hablar en este caso de un hecho de validez absoluta, pues muchas de las formas llegaron a las mesetas sin sus implosivas, o penetraron, y siguen penetrando, desde las tierras vecinas.

En la ciudad de Méjico y en todo su Valle hasta la gente inculta pronuncia habitualmente *doctor*, *acto*, *acción*, *lección*, *eclís* o *eclipse*, *aceptar*, *cápsula*, *observar*, *abstracto*, *admitir*, *administrar*, *submarino*, *eksamen*, *eksplicar*, etc., y desde luego *atlas*, *atleta*, etc., que tienen, como veremos, otro carácter (en *administrar*, etc., oye Matluck una *d* fricativa, pero dice que muchas personas la hacen oclusiva). Esas consonantes se dan además en una serie de nombres indígenas que han pasado al habla de todos: *Iztaccíhuatl* (uno de los picos nevados de la Capital), *Necaxa* (con *ks*, una presa de agua, cercana), *Moctezuma* (el emperador azteca), *Actopan*, etc. Se pronuncia además con frecuencia la *k* final en una serie de nombres indígenas muy familiares: *Chapultepec* (colina de la Capital muy asociada a la vida histórica del país), *Mixcoac* (una población cercana de la Capital), *Cuauhtémoc* (popularizado por la historia, por sus estatuas y por los nombres de calles y plazas), *Tízoc* (la piedra de Tízoc), *Tláloc* (el dios de la lluvia), *Anáhuac*, etc. También la *-t* final: *Nayarit* (uno de los Estados), etc. Llama la atención la facilidad con que todos pronuncian la *-x* final de palabra, tan extraña al fonetismo castellano: *Pemex* (petróleos mexicanos), *Taximex*, *Lavamex*, *Lumex*, *Meximex*, etc. (varios centenares de nombres de productos, por el estilo de *Cútex*, o de empresas comerciales e industriales). En la antiplanicie mejicana —dice Matluck—, que es zona de consonantismo fuerte, es donde mejor se conservan las oclusivas implosivas. En las voces españolas se da también a veces la vocalización de la implosiva (*aceito* o *aceuto* "acepto"), muchísimo menos frecuente que en Nuevo Méjico y las regiones de relajamiento consonántico, y habría que estudiar la historia particular de cada caso para ver si no procede de otras regiones. En Guanajuato, a 300 kilómetros de la Capital, en que ya hay penetración del fonetismo de las tierras bajas, señala Boyd-Bowman *bisté*, *coñá*, *fra* (frac), pero vacilación entre la pérdida y la conservación en los aztequismos: *Chapultepec*, *Tehuantepec* (o *Teguantepé*), *Cuauhtémoc*, etc. Encuentra con frecuencia pronunciaciones como *septiembre*, *cápsula*, *obscuro*, *perfecto*, *concepción*, *eclipse*, *teksto*, *ekstraño*, que le parecen efecto de notable influencia escolar, pues entre la gente inculta es habitual la vocalización o la pérdida de la consonante; pero una pronunciación como *eclips* cree que pueden haberla in-

troducido los braceros "desde el inglés". Nos parece indudable que las consonantes implosivas penetraron en el habla popular desde la primera hora, a través de la lengua culta y la enseñanza misionera, y encontraron amplio apoyo en el fonetismo indígena. La escuela y el prestigio de la letra tienden a afianzarlas.

Amplio apoyo han encontrado además en otro hecho, más decisivo: la formación, en el habla de la ciudad de Méjico y de su meseta, de una serie de grupos consonánticos, algunos de ellos extraños al español, por pérdida de vocales átonas (a veces también las acentuadas), sobre todo en contacto con *s*. Ya Don Pedro Henríquez Ureña señalaba *cro csí* (creo que sí), *blocs pr'apunts* (bloques para apuntes), *viejsit°* (viejecito), *psioso* (precioso). Matluck, Boyd-Bowman y sobre todo María Josefa Canellada y Antonio Zamora Vicente han aumentado la ejemplificación: *recsit°s* (requisitos), *pscar* (pescar), *pscuezo* (pescuezo), *campsinos* (campesinos), *acstumbro* (acostumbro), *Velazcs* (Velázquez), *acsidents* (accidentes), *nobsients* (novecientos), *habtants* (habitantes), *habtacions* (habitaciones), *captán* (capitán), *splatcaba* (se platicaba), *polítca* (política), *periódc°s*, *cúbc°s*, *vars csechs* (varias cosechas), *jóbnes* (jóvenes), *adser* (ha de ser), *esdsir* (es decir), *csalga* (que salga), *locsuén* (lo que suena), *cstión de* (cuestión de), *empzar* (empezar), *ps'ntons* (pues entonces), *laps* (lápiz), *López* (López), etc. Y prescindimos aquí del frecuentísimo grupo *ts* (*ventséis*, *ventsinc°*, *novcients*, *partspants*, *docients*, *ests*, *cuánts*, *ants*, etc.) porque se ve especialmente favorecido por la africada *ts* de origen indígena, que veremos más adelante.

Aunque de modo menos espectacular se han observado hechos análogos en todo el consonantismo oclusivo de las tierras altas. En Guatemala la gente culta, y muchos que no lo son, pronuncian *eksagerar*, *eksplicación*, etc., y las implosivas son frecuentes en voces de las lenguas indígenas, de origen maya: *quecchí*, *cacchiquel*, *Bonapac*, *Chac*, etc. En El Salvador, donde ha penetrado el fonetismo de las tierras bajas, es general *aksión*, y también *Concepción* o *Consección*, pero menos general (sólo en pronunciación cuidada) *ekstraño* y *eksperiencia*. En general observa Canfield cierta ultracorrección en los grupos cultos (*ps*, *nst*, *xt*, *xp*, etc.), que relaciona con la conservación de *b*, *d*, *g*, oclusivas ante consonante en ciertas posiciones. No tenemos datos sistematizados de Colombia, donde es frecuente la pérdida y la vocalización.

En general en la Sierra del Ecuador, del Perú y en la meseta boliviana hay una fuerte tendencia a pronunciar los grupos consonánticos cultos, favorecida por la frecuencia de las oclusivas finales de sílaba en quechua y por el relajamiento vocálico, que ha creado, como en Méjico, aunque con menos

amplitud, el hábito de pronunciarlos en ciertas condiciones: *crio csí* (creo que sí), *cuánt's*, *qués p's* (¿qué es, pues?), *no p's*, *sí p's*, etc., en el Ecuador; *Potsí*, etc., en el Perú y Bolivia. La *-k* final del quechua, tan frecuente en los indigenismos (*Manco Cápac*, *Pachacútec*, *Mama Ocllo*, etc.), se pierde habitualmente en la Costa, pero se mantiene en la Sierra, a veces aspirada. En algunas partes se llega a pronunciar *chac-ra*, *loc-ro*, *toc-ra*, *ruc-ra* a la manera indígena, con *k* implosiva. En una novela de ambiente peruano publicada en 1843 (Ricardo Palma, *Papeletas*, 313, etc.) figuran voces como *lliclla* (una especie de mantilla de las indias), *pocchi* (un tipo de asiento), *pucquiri* (una especie de topo). En Arequipa y el Sur, Benvenutto Murrieta registra *choqni* y dice que en todo el Sur y Centro de la Sierra se advierte, en *perfecto*, *doctor*, etc., una *k* muy parecida a la *q* explosiva del quechua.

1. b) Las fricativas **b̥, d̥, g,** se conservan en general en gran parte de las tierras altas, o se conservan bastante mejor que en las tierras bajas. Dejamos de lado Yucatán, donde se refuerzan por influencia maya. En gran parte de nuestra área llama la atención la conservación de la *d* aun en la terminación *-ado*. Las noticias más ricas son de nuevo las de la ciudad de Méjico y su comarca: "Nunca he oído en boca del populacho de la ciudad de Méjico —dice Henríquez Ureña— *-ao* por *-ado*... Creo que la firme *d* intervocálica debe considerarse característica del sistema fonético de la ciudad de Méjico". Muchas veces esa *d* se pronuncia oclusiva. Se puede relajar, sin embargo, en habla rápida, en posición interior ("Lo he comprao ayer", "No había cantao desde entonces"). En boca de mujeres oye a veces una interdental larga, sobre todo en exclamaciones como *¡todo, todo!*, *¡nada, nada!* (compárese con *to* y *na* de las tierras bajas). En el Valle de Méjico señala Matluck que la **d̥** es poco relajada y tiende a ensordecerse; a veces suena oclusiva ante *r* (*padre*, *madre;* cfr. *mae*, *may*, de las costas). En la terminación *-ado* se refuerza a veces hasta la pronunciación oclusiva, pero también existe relajamiento: *-a$^{d}$o*. En pregones callejeros se oye *$^{e}$lados*. La *d* final absoluta muchas personas la refuerzan, pero otros la debilitan y pierden: *usté*, *verdá*, *suidá*. Manuel Alvar oía frecuentemente en el habla de Santo Tomás Ajusco (meseta de Méjico) *b*, *d*, *g* oclusivas donde el español corriente las tiene fricativas. Así, la *b* es oclusiva en *liebre* o alterna con la fricativa en *llave;* la oclusiva es frecuente en *nieve*, *neblina*, o *ñiublina*, *nublazón*, *resbalar*, *desvelé*, *rebuznan*, *nubes*, *caballos*, y también en *dos vacas* o *muchas vacas* (a veces *lie$^{u}$bre*, *nie$^{u}$be*, *ñiublina* o *neublina*, con vocalización de la *b*, que se mantiene en general oclusiva). La *d* se oye a veces oclusiva en *juzgado* y se mantiene así también en *doz dados*, *doz dedos*, *doz días* (no se pierde en *-ado*, *-ido*, *-udo: juzgado*, *rebuznido*, *zancudo*). Menos frecuente

es la **g** oclusiva en *musgo, rasgado, rasguñón, dos granos, juzgado.*

Ya observaba Henríquez Ureña que a medida que uno se aleja de la Capital, el consonantismo se debilita. En Guanajuato la pronunciación popular es *soldáu, estáu, cantáu, habláu.* Fuera de esa terminación la *d* sólo se pierde por completo en algunas palabras muy usadas: *mudo, rueda, sudor, comida, dedo, padre, padrino.* En Arizona se debilita, pero no se pierde.

Canfield (*Filología*, VI, 43–44, y *Pronunc.*, 77-78) da una serie de noticias importantes sobre América Central. Uno de los rasgos distintivos de la pronunciación salvadoreña, y de la hondureña y nicaragüense —dice—, es la frecuente conservación de la **b, d, g,** oclusivas, no sólo en posición inicial y tras *n*, sino también tras *l, r, s, y, u̯*: *hierbas, sirven* se pronuncian con *b* oclusiva; *el* **b***uey* **b***ol***b***ió*, con oclusiva en los tres casos; en *sb* es rara la fricativa *(las* **b***ar***b***as);* la *d* entre vocales se relaja (*deu***d***a* con oclusiva tras *u* semivocal), pero en la terminación *-ado* no se pierde tanto como en la Península; rara vez se pierde en *-ido;* la *-d* final de palabra cae en voces muy usadas *(usté, suidá, verdá)*, pero en la conversación esmerada se exagera hasta hacerse oclusiva. Las tres oclusivas se destacan en las siguientes frases: "*hay* **g***al***g***os* **d***e otros ras***g***os or***g***ullosos*","*es* **b***erdad que la* **d***eu***d***a es* **d***el rey* **d***e* **b***astos*" (tienen el inconveniente de ser ejemplos construidos 'ad hoc'). Observa sin embargo que en general la **b, d, g,** intervocálicas son más débiles que en el español de la meseta central de Méjico. Navarro Tomás considera que la conservación de la oclusiva en esas posiciones constituye un notable arcaísmo.

Canfield agrega que las variedades oclusivas son también alófonos libres en Costa Rica y Colombia, y que en Bolivia y la Sierra ecuatoriana sólo se dan tras *s*. Esas pronunciaciones —dice— dan al español de Centroamérica y Colombia "un efecto staccato" para un oído mejicano, limeño o español. Hay que señalar que El Salvador tiene en otros aspectos (aspiración de *s*) fonetismo de tierras bajas. En Costa Rica, que es tierra alta, la pérdida de la *d* parece limitarse a la terminación *-ado.*

También se limita en general a esa terminación en los Andes de Venezuela y en una parte de Colombia. Pero aun esa pérdida tiene en los Andes de Venezuela menos aceptación social que en Castilla. Se pierde además la *-d* final *(usté, salú, verdá, ciudá)*, y también la de la preposición *de* después de vocal *(cara 'e santo, juera 'e chanza)* y en *todo* o *cada (to los días* o *toítos los día; caa vez).* La pérdida de la *d* en las más diversas circunstancias parece que ha invadido la meseta de Bogotá y las tierras de Antioquia, aunque al parecer en grado menor que en las costas y los llanos.

En la Sierra del Ecuador la *d* se mantiene con firmeza en la terminación *-ado, -ada.* Hasta la gente vulgar —dice Humberto Toscano— pronuncia

*hablado, soldado, colorada, nada, todo, toditico;* se vacila entre *usté* y *usted* (la gente culta conserva la *d* final), y en el ambiente rural *busted.* En general, los serranos articulan exageradamente las consonantes. Lo mismo puede observarse en la Sierra del Perú y en la meseta boliviana. En cambio la conservación de *-ado* en Buenos Aires y el Litoral rioplatense es obra escolar: es mejor hablar en este caso de restablecimiento que de conservación.

Prescindimos aquí de la frecuente alternancia *bueno-güeno-weno, bueso-güeso-weso, abua-agua-awua,* que tiene otro carácter. Ni el náhuatl ni el quechua tenían **g,** y la pronunciación *güeno,* etc., implica una hispanización. Además, la triple alternancia se da en diversas regiones, también en la Península. Don Pedro Henríquez Ureña explicaba la pronunciación *awa* (agua), etc., de las clases populares de Méjico, por influencia del náhuatl, y *aguacate, guajolote,* etc., de la gente culta, como hispanización. Malmberg, en sus *Estudios de fonética hispánica,* cree que las alternancias se explican dentro del sistema español: el reforzamiento de la **w**, como el de la *y* (rehilada o africada), la ve como manifestación de la tendencia a reforzar la inicial de palabra o de sílaba, en sistema con **b, d, g** oclusivas.

2. La *ch.* Prescindimos de la *ch* de Yucatán, de influencia maya (una *ch* glotalizada, que se da aun en posición final de palabra: *está poch de ir al baile,* 'tiene gran deseo'). En la Ciudad de Méjico y en su Valle se observa una *ch* tensa, de gran contacto palatal y fricación prolongada, que hace juego con la fricación prolongada de la *s.* Esa *ch* absorbe frecuentemente a la vocal siguiente, lo cual la prolonga aún más. María Josefa Canellada y Antonio Zamora Vicente (*NRFH,* XIV, 233, etc.) recogen pronunciaciones como *cucarach, muchs, ch'stes* (chistes), *muchachs* (muchachos, muchachas), *cosechs,* etc. Malmberg oye *muchs graci(a)s, muchs cos(a)s.* Aun en Guanajuato la oclusión no se debilita nunca, y el elemento fricativo es tenso, aproximado a **š**. Además, ha penetrado en el habla mejicana una *ch* implosiva, con una serie de nombres indígenas: *Tenochtitlán, Huitzilopochtli, téchcatl* (la piedra cónica de los sacrificios), etc.

La *ch* de Bogotá presenta cierta afinidad con la mejicana. En lenguaje rápido y descuidado —observa Luis Flórez— absorbe frecuentemente a la *i* siguiente, y ocasionalmente a otras vocales: *ch$^{i}$cha, Pach$^{i}$to, ch$^{i}$charrón, ¿por qué no me ch$^{i}$stó nada?, Ech$^{e}$verry, cach$^{e}$tada.* En el Salvador, Nicaragua y Honduras encuentra Canfield una *ch* con mayor contacto palatal que en otras partes y con prolongación del elemento fricativo.

No tenemos noticias sobre la *ch* del resto de las tierras altas. En la Sierra del Perú, en la región indígena de Chinchaisuyo, se ha señalado *ch* implosiva en algunos quechuismos. Aunque Navarro Tomás oía *lech, noch, och*

entre estudiantes de San Juan de Puerto Rico y de sus contornos (¿no se conserva una débil vocal ensordecida al final?), la *ch* implosiva (como la *ll* o la *ñ*) es enteramente extraña al sistema español: *Munich* trata de pronunciarse en Hispanoamérica con *-ch*, por respeto a la grafía, pero en España lo hemos oído siempre con *-k*, como en catalán y en francés (el gentilicio es *muniquense*).

3. La *y* y la *ll*. No parece que la *y* se preste para un contraste entre tierras altas y bajas, sin duda por su carácter parcialmente vocálico. En la ciudad de Méjico y en su Valle la articulación es más bien abierta, suave, de tipo semiconsonántico; puede debilitarse *(arro$^{y}$íto)*, pero no perderse (en cambio hemos visto que llega a perderse en ciertas condiciones desde Querétaro, en el Centro, hasta el Norte, en las costas del Atlántico y del Pacífico y en el Sur, desde Chiapas, y también en América Central). En Santo Tomás Ajusco (valle de Méjico) oye Manuel Alvar, además de la *y* normal del castellano, una *y* con gran abertura del canal espiratorio y poca tensión articulatoria, como la de la costa de Veracruz (la ha encontrado también en partes de Canarias, Andalucía y Aragón): *ỳave*, *cayos*, *oỳa* (olla), *ỳema*, *poỳo*, etc. A veces encontraba también, en las mismas personas, una ŷ africada (*gayina*, *yegua*, *yemas*, *do(z) yeguas*, la(z) yerbas) y en muchos casos una *y* rehilada (en posición intervocálica o tras *-s* final de palabra): *poyitos*, *gayina*, *tortiya*, *mi yerno*, *peyisco*, *suyo*, *cayos*, *mayo*, *royo*, *doz yemas*, *doz yernos*, *doz yuntas* (a veces con asimilación de la *s* sonora: *mucha žeguas*, *la žerbas*, *do žaves*, *do žemas*, etc.). En posición inicial el rehilamiento de la y puede ir acompañado de oclusión: *ǯeno*, *ǯoran*, y también *ǯiema*, *ǯielo*, *ǯiunta*. En general la articulación de la *y* era muy alargada, con desdoblamiento: *royio*, *yiunta*, *rayia*, *dos yiagas*, *dos yieguas*, *dos yiaves*, o bien *maiyo*, *bueiyes*, etc. (con *y* a veces rehilada y en muchos casos africada). Son para él variantes polimórficas de *y*, que se dan en el mismo sujeto. En Guanajuato —según Boyd-Bowman— se da una *y* suave, que nunca se pierde; algunos la pronuncian algo rehilada; en inicial de grupo, sobre todo en el habla enfática, alternan en un mismo hablante ŷ (africada predorsopalatal), $^{d}$ž (africada ligeramente rehilada) y $^{s}$ŷ (africada no rehilada, sólo ante *é*). La variedad rehilada se da de modo más estable en partes de los Estados de Puebla y Oajaca. En Nuevo Méjico, junto al relajamiento —*raa* (raya) *caa* (calla), etc.—, registraba Espinosa pronunciaciones como *ažá*, *ašá*, *ǯá* y hasta *aĉá*, que revelan sin duda la existencia de dos variedades dialectales opuestas.

De todos modos, ya hemos visto que la rehilada tiene bastante extensión en las tierras bajas: en todo el Litoral rioplatense (con variantes

africadas y ensordecidas) y en partes del Sur de España. También la africada ŷ, general en el Paraguay (Malmberg cree que se debe a influencia indígena), se oye bastante en las tierras bajas de Venezuela y de varias partes de España. La Sierra del Ecuador tiene una *y* abierta (diferenciada de la ž < *ll*), que no se pronuncia africada ni en posición inicial ni tras *n*, pero en cambio la de la costa es africada (ŷ).

Constituye un problema determinar si la conservación de *ll* en una parte de la Sierra del Ecuador (las provincias meridionales de Azuay, Cañar y Loja; en rigor la *ll* se puede pronunciar en toda la Sierra), en la del Perú, en Bolivia (con las zonas contiguas de la Puna argentina), es decir, en una amplia área andina muy coherente, de densa población indígena, se ha visto favorecida por la *ll* del quechua, fonema extraordinariamente frecuente en esta lengua, en posición inicial, intervocálica y final de sílaba. Y por la del aimara, que también la tiene, diferenciada fonológicamente de *y*. Nos parece muy probable.[1] Hay que señalar, en apoyo de esta idea, el hecho de que en el español de la Sierra peruana han penetrado una serie de quechuismos con *ll* intervocálica, y aun con *ll* implosiva, extraña al sistema español: *huallca* (en otras regiones *hualca*, yuca cocida entre piedras calientes), *millca*, *tullpa* (en otras partes *tulpa*, piedra del fogón), *gallpupero*, etc. Las dos primeras —observa Benvenutto Murrieta— en el departamento Libertad, donde sólo se habla castellano. Lo mismo se ha dado en parte de la Sierra ecuatoriana: en el español de Cuenca se conserva la *ll* en toda posición (*allcu*, perro), pero en Quito a la implosiva se le da doble tratamiento: se despalataliza, es decir, se incorpora al sistema del castellano (*chulpi*, de *chullpi*, una variedad de maíz) o se hace ž *(ažcu*, de *allcu)*; el quechua *chucllu*, mazorca de maíz, especialmente la que no está madura, ha dado *choclo*, incorporado al español de gran parte de América del Sur, y *chogžo* (en Cuenca *chugllo*).

El intercambio fónico entre el quechua y el castellano se manifiesta claramente en el cambio *ll* > ž, que se ha dado, con cierta extensión, en las dos lenguas. En la Sierra del Ecuador (excepto en las mencionadas provincias meridionales de Azuay, Cañar y Loja) la *ll* se ha hecho ž, mientras que la *y* ha mantenido su articulación o la ha abierto relativamente, con lo cual se conserva la distinción fonemática entre *ll* y *y (halla-haya)*. Esa ž de la Sierra ecuatoriana es una fricativa rehilada que la gente del pueblo, en su mayor

[1] Sin embargo, la *ll* no se pronuncia en Chile (salvo en el Sur), a pesar de su frecuencia en araucano, y sí se pronuncia en el Paraguay y en la zona guaranítica de la Argentina, a pesar de no existir en guaraní.

parte india o mestiza, pronuncia a veces asibilada o ensordecida como **š** (hasta llega a confundirse con la *rr* asibilada). Observa Humberto Toscano que el vulgo suele alargar desmesuradamente esa **ž**, que se da además en una serie de extranjerismos: *garaže*, *pižama*, *žersi* (jersey), etc., frente a *piŷama* y *ŷersi* de la Costa. Ese mismo cambio *ll* > **ž** se ha producido en el quechua de la Sierra ecuatoriana, que originalmente no tenía ese sonido (no lo tiene el del Perú), al parecer con más extensión en la lengua indígena que en el español: las provincias meridionales de Azuay y Cañar, que conservan su *ll* en las voces españolas, tienen **ž** en los indigenismos.

Es interesante señalar que lo mismo que en el Ecuador ha sucedido en el otro extremo del quechua, en la provincia argentina de Santiago del Estero, situada en tierras bajas, pero colonizada desde el Alto Perú en el siglo XVI con indios del Norte, y quechuizada además por acción misionera. Los indios de Santiago del Estero pronuncian *žajta* (de *llacta*), *žuqui* (de *lluqui*), *ažpa* (de *allpa*), *ažco* (de *allcu*), y también el español regional ha hecho **ž** su *ll* española, pero no su *y*.

¿Se debe esa **ž** al quechua o al español? Como el cambio *ll* > **ž** se ha producido ya una vez en los lejanos tiempos de los orígenes del castellano (*mulierem* > *muller* > *mužer*, sin afectar a la *y* de *mayo*), y además la *y* rehilada (como resultado de *ll* y de *y*) se da en gran parte del dominio hispánico (sobre todo en el Litoral argentino), parece más verosímil que haya pasado del español al quechua. El hecho tiene cierta conexión con la asibilación de *r* y *rr*, también común al quechua y al español.

4. La *f*. No parece que la articulación de la *f* se preste para caracterizar nuestras tierras altas. En la ciudad de Méjico y en su Valle, y también en Guanajuato, se pronuncia labiodental, pero el habla popular tiende a hacerla bilabial en inicial de palabra; ante *ue*, *ui* (*fuera*, *fui*), aun la gente culta la articula frecuentemente bilabial (el resto *juerza*, *juerte*, *juimos*); es común además oír *junción*, *jusil*, *dijunto*, etc. En Santo Tomás Ajusco, cerca de la Capital, Manuel Alvar oía sistemáticamente la bilabial en palabras como *familia*, *fuente*, *frente* (uno de los sujetos vacilaba entre la bilabial y la labiodental precisamente en la palabra *fuente*).

También en Guatemala —según Predmore— la *f* más corriente entre el pueblo es la bilabial, en todas partes del país, "o una articulación mixta" (*RFH*, VII, 278–9). También se ha señalado la bilabial en Costa Rica. En Colombia la pronunciación bilabial llega hasta la meseta de Bogotá y las alturas de Antioquia: "Pronunciación espontánea y claramente labiodental —dice Luis Flórez— no hemos observado en el habla corriente" (la gente culta restablece la labiodental en pronunciación esmerada). Se da también

en los Andes venezolanos (una *f* bilabial aspirada que se funde en ciertas posiciones con la *j*). En la Sierra ecuatoriana se ha señalado también la bilabial; en Cuenca es popular la pronunciación *j$^{w}$ácil*, *j$^{w}$amilia*, *Raj$^{w}$el* (aspiración bilabiovelar).

Ya se ve que la pronunciación bilabial, o la bilabioaspirada, ha penetrado profundamente en las tierras altas. Hay que tener presente que el náhuatl, el maya, el quechua y otras lenguas indígenas carecían de *f*.

5. El timbre de la *s* es característico de todas las tierras altas, desde Méjico hasta la provincia argentina de Santiago del Estero. Don Pedro Henríquez Ureña ha llamado la atención sobre la *s* de la ciudad de Méjico, predorsoalveolar (el ápice se apoya en los incisivos inferiores), de timbre muy agudo y de fricación muy larga, "singular por su longitud entre todas las del mundo hispánico": se ha dicho que "el habla de la ciudad de Méjico es un mar de eses del que emerge uno que otro sonido"; una novela cubana caracterizaba el habla de un personaje: "Silbaba las eses como un mejicano". Aunque se asimila ante *l* o *r* *(todo los días, do reales)*, no se aspira nunca y se mantiene siempre en posición final, en que es aun más prolongada que de costumbre.

Ese carácter prolongado (*jueves*, *dos*, etc.) aumenta por lo común por absorción de la vocal átona vecina (y a veces la tónica), que le comunica su duración. Henríquez Ureña, Matluck, Boyd-Bowman, Malmberg y María Josefa Canellada y Antonio Zamora Vicente han registrado, en la Capital, en el Valle, en Guanajuato, pronunciaciones como *lápz* (lápiz, lápices), *Lópz*, *pscuezo*, *pas-sté* (pase usted), *s'spone* (se supone), *qués'sede* (qué sucede), *nes'stamos* (necesitamos), *ps'ntons* (pues entonces), *tresients pes's* (trescientos pesos), *servís* (servicios), *benefís* (beneficios), *alajs* (alhajas), *saraps* (sarapes), *dios* (Dios, dioses o diócesis; sin duda se distingue entre *dios* y *dios's's*), etc. Se explica así que la pronunciación mejicana parezca "un mar de eses", que se engrosa además con la abundancia de ŝ africada *(ts)*, en formas de origen español, como consecuencia de esa misma reducción vocálica (*partspants*, *dosients*, *ests*, *cuánts*, etc.) o en voces y nombres de origen indígena (*Tzintzuntzan*, etc.). El carácter especial de la *s* mejicana se pone además de manifiesto en que puede pronunciarse como líquida, contra la tradición del castellano: *stanfermo*, *sta bien*, *stoy s'guro*, *spongo csí* (supongo que sí), etc.

En el Valle es frecuente que esa *s* se sonorice ante *d* *(dezde, loz dedos)* y que asimile totalmente a esa *d* *(lozomingos, deze)*. En Santo Tomás Ajusco observa Manuel Alvar la sonorización también ante otras consonantes (b, g, l, n, m, y), pero sin regularidad. Y en la Ciudad de Méjico señalan María Josefa Canellada y Antonio Zamora Vicente la frecuente sonorización de la

*s* intervocálica, sobre todo cuando se pierden las dos vocales que la rodean (**lokzbé,** lo que se ve). A medida que uno se aleja de la Capital —ya lo observaba Henríquez Ureña— la *s* se vuelve menos silbante o menos prolongada. Ya en Guanajuato converge con ella una *s* coronal, que se encuentra también en el Norte (Chihuahua) y que corresponde a la *s* de tierras bajas, pero que también se pronuncia alargada y nunca se aspira.

¿Será esa *s* de origen indígena? Los autores del siglo XVI identificaban la *s* del español con la **š** del náhuatl, que representaban con *x* (en los hispanismos del náhuatl y en los nahuatlismos del español). Don Pedro Henríquez Ureña creía que el náhuatl tenía, además de su **š**, tres sibilantes africadas, que el P. Alonso de Molina, en su *Arte* de 1571, representaba con *ç*, con *z* y con *tz*. Es evidente que era africada sorda la *tz* ("esta lengua tiene una letra hebrayca, que es tsade. La qual se ha de escreuir con *t* y *s* o con *t* y *z;* y ase de pronunciar como *t* y *s*, diziendo *nimitztlaçotla*, *nitzatzi*, *niuetzin*"). Pero parece más bien que representaba indiferentemente con *z* y ç una *s* indígena distinta de la apical castellana (a mediados del XVI ya estaba cumplido sin duda el proceso del seseo en el español de Méjico). Es posible que esa sibilante indígena, junto con la prolongación de la *tz*, haya influido sobre el carácter de la *s* mejicana. Aun sin esa influencia específica, el carácter tenso y prolongado de esa *s* parece coherente con el reforzamiento general del consonantismo de la meseta. Por lo menos parece de origen indígena la tensión con que se articula.

También se mantiene la *s* en su plenitud, sin aspirarse, en Yucatán, en Guatemala y en las tierras altas de América Central. En Colombia se ha registrado el relajamiento, aspiración y pérdida de *s* en todas las posiciones, aun en la meseta de Bogotá y en las alturas de Antioquia. Pero a través de todos los datos nos parece percibir claramente la convergencia de dos tipos de *s* o de dos tratamientos distintos de la *s*, que revelan sin duda la existencia de dos estratos diferentes de población. Hay una *s* que absorbe frecuentemente a la *i* siguiente, átona o tónica, y aun a otras vocales: una *vis*$^{i}$*ta*, *un vas*$^{i}$*to de agua*, *un tris*$^{i}$*to*, *diec*$^{i}$*siete*, *atenciones solíc*$^{i}$*tas*, *especialísmamente*, *muchísmas gracias*, *s'señora* (sí señora), *s'senta* (sesenta), *lotería Sntander*. Este hecho le da cierta afinidad con la *s* mejicana. Luis Flórez, a pesar de que describe minuciosamente el relajamiento y la aspiración (*La pronunciación del español en Bogotá*, 326–327), dice que en el conjunto de la onda fónica se destaca por encima de todo la fricación de la *s*. Y cita para apoyarlo una frase del periodista colombiano Calibán, de 1950: "No se destacan en la pronunciación santafereña [de Santa Fe de Bogotá] sino las eses, convertidas a veces en *sh*, que arrastramos en forma exasperante". También en An-

tioquia es frecuente, como hemos visto, la aspiración de la *s*, pero es significativo que allí el pronunciar de ese modo lo llamen *jotiar* (es decir, pronunciar la *s* como *jota*), lo cual revela indudablemente que esa pronunciación se siente como extraña, que no es la tradicional de la región. En Medellín, la capital de Antioquia, encontraba Luis Flórez en quince personas una *s* silbante de timbre palatal claramente perceptible frente a tres que presentaban fricación blanda, y consideraba que la *s* predorsoalveolar plana, silbante, "que recuerda un poco el de la *s* castellana", es uno de los rasgos fonéticos "que más de inmediato caracterizan a los antioqueños (y también un poco a sus vecinos los caldenses)". Luego, en su estudio sobre Antioquia, hecho sobre mayor número de sujetos y lugares, encontraba veintinueve personas de *s* apicoalveolar, veinticuatro de dentoalveolar y nueve de predorsodental; la fricación era más o menos siseante, "a veces en grado muy notable, como para recordar el sonido de *sh* en inglés".

También en los Andes de Venezuela (Estados de Táchira, Mérida y Trujillo, con las tierras altas vecinas) la *s* de silbido más o menos persistente, con ligero timbre palatal, constituye uno de los rasgos característicos, que remedan de modo caricaturesco los demás venezolanos, sobre todo las eses finales de los tachirenses. En cambio el andino se burla del costeño, que "se come las eses" (hay ahí un juego con *heces*), y en discusión violenta con un caraqueño le remeda la pronunciación: "¿Me vaj a matá?" Esta región constituyó una unidad, cultural y política, con la meseta de la Nueva Granada, y tuvo densa población indígena, ya desaparecida, timotocuica, de la familia chibcha. No es raro, sin embargo, encontrar en ella casos de *j* por *s: nojotros, Patrojinio, prejente* (así contestan los niños en la escuela al pasar lista), *emprejas, ento(n)jes, ejo* (eso), *no je me duerma* (es frecuente en el reflexivo), *¿cómo está la jalú?* (saludo habitual entre campesinos del Táchira y Calderas, en Barinas). Y casos de asimilación como *rajuño, pajuato* o *dijusto*. Son alteraciones especiales que al parecer no afectan a la articulación misma.

La *s* de la Sierra ecuatoriana es también de timbre muy silbante (predorsoalveolar plana): "El costeño —dice Humberto Toscano— reprocha al serrano la *s* chicheante, y en general los hispanoamericanos distinguen la pronunciación del quiteño por esa característica más que por otra". En general se pronuncian todas las eses, incluso las finales. En habla rápida y descuidada puede perderse la vocal, no la *s*. Ejemplos como los que Henríquez Ureña recogía en Méjico *(blocs pr'apunts)* dice Toscano que se pueden reunir fácilmente en Quito, Riobamba, Tulcán o Cuenca. Boyd-Bowman oye, como en la altiplanicie mejicana, *est's, cuánt's, crio csí*, etc. Del

cuchicheo andino se desprenden sobre todo las eses, con el *p's* (pues), muletilla constante de la conversación: *sí p's, no p's*. Sólo en casos excepcionales la *s* se asimila a la consonante siguiente: *mimmo, lo žanos, tre riale* (sin duda por el carácter asibilado de la *rr* y rehilado de la ž). Además, la *s* se sonoriza en la Sierra delante de *m, n, l*, como en Castilla, pero también ante vocal en enlace sintáctico: *loz hombres* en Quito y casi toda la Sierra (en el Norte se mantiene sorda); *deshelar, desherbar*, etc., se pronuncian con *s* sonora en Cuenca. Quizá esta sonorización haya contribuido a sonorizar la *s* de una serie de quechuismos (*puzu*, 'canoso,' 'gris', que contrasta con *pusu*, puso o pozo), hecho por lo demás bien extraño ya que no hay originalmente *s* sonora en quechua (Diego Catalán encuentra igualmente *s* sonora en lugares apartados de Canarias, en voces como *queso, casa, pesetas*, etc., y se pregunta si no serán reliquias de la sonora antigua, aunque algunos de los casos son antietimológicos).

También se ha destacado la tensión de la *s* serrana del Perú y de Bolivia, de timbre muy silbante, firme en cualquier posición. Es frecuente que absorba también a la vocal átona en contacto: *Potsí*, etc. Igualmente el Norte y Noroeste de la Argentina es tradicionalmente región de *s* tensa. Esa *s* se conserva en la Puna (N. de Jujuy, NO. de Salta y Catamarca), que pertenece a la Antiplanice de los Andes, con elevaciones de más de 2.500 metros y población mestiza. Gran parte de este territorio lo está invadiendo la *s* aspirada de las provincias vecinas. La isla de *s* silbante y tensa mantenida en toda posición *(usted, casco, fósforos, isla)* es la provincia de Santiago del Estero, de la que ya hemos hablado. Es tierra baja, rodeada totalmente de *s* aspirada, que penetra por las fronteras. A fines del siglo pasado —tomamos todas estas noticias de *El español de la Argentina* de Berta Elena Vidal de Battini— se hablaba el quechua en toda la provincia; hoy todavía lo habla una cuarta parte de la población. En las provincias vecinas se remeda caricaturescamente la llamada "ese santiagueña" haciendo silbar todas las eses: "Casas más, casas menos, Buenos Aires es como Santiago".

6. La *j*. En la Ciudad de Méjico y en la Altiplanicie mejicana es una fricativa velar que contrasta con la aspirada laríngea de la zona antillana, pero es menos áspera y menos tensa que la de Castilla. En Santo Tomás Ajusco observa Manuel Alvar con la mayor frecuencia una fricativa pospalatal, con gran abertura del canal espiratorio (en *frijoles, caja, teja*); a veces también el debilitamiento hasta una semiaspirada o aspirada ("aspirada palatal" en $^{h'}$*amón*, $^{h'}$*ícara*). En Guanajuato se articula bastante débil, pero sin llegar a convertirse en aspiración; no se pierde nunca en posición intervocálica, y la inicial puede tener fricación fuerte en pronunciación enfática.

También en Guatemala y en la Sierra del Ecuador es una fricativa intermedia entre la de Castilla y la aspiración relajada de la costa. Ya hemos visto que la variedad aspirada tampoco se da en las tierras bajas de la Argentina, Uruguay, Paraguay y Chile. Llama la atención que en Tabasco, tierra baja de Méjico, se haya observado ("muchas veces") un reforzamiento de la *j*, en contraste con el relajamiento general que se da en las tierras vecinas: esa peculiaridad se llama *tartajeo* (*BDH*, IV, 339).

7. La *r* y la *l*. Se mantienen en general en todas las tierras altas sin que en ninguna de ellas se produzca la neutralización en posición implosiva. En la ciudad de Méjico y en su Valle ni se confunden ni se vocalizan ni se pierden, aun en las formas más populares del habla urbana y rural (sólo se dan casos esporádicos de trueque o de asimilación). Por el contrario, Malmberg, en sus *Estudios de fonética hispánica*, ha observado en la Capital una *r* final de sílaba muy reforzada, vibrante múltiple (4, 5 golpes como término medio en la de *cantor*, y una duración de 16, 3 c./s.), que coincide con el reforzamiento general del consonantismo mejicano. Esa *r* implosiva se asibila a veces. En el Valle es más frecuente el ensordecimiento en posición final que la asibilación, que es rara y se limita al grupo *tr* o *dr* (*triste*, *pondré*). Lo mismo se ha observado en Guanajuato, y muy pocas personas, aun de la clase inculta, pierden la *r* del infinitivo ante la *l* del pronombre enclítico (*decile*, *tirales*). A veces la *l* final se atenúa en el Valle hasta casi desaparecer (*papé*, *fáci*).

En América Central, fuera de Panamá, donde se da la neutralización y pérdida, la *r* y la *l* se conservan en general. En El Salvador (y seguramente también en Nicaragua y Honduras) la *r* rara vez se hace fricativa en final de sílaba, y en final absoluto tiende por el contrario a reforzarse. También se conserva en Guatemala y Costa Rica, donde además se asibila, especialmente en el grupo *tr*.

En Bogotá, aunque se ha señalado el relajamiento de la *r* simple en cualquier posición, es común la pronunciación asibilada, más o menos sorda (es decir, reforzada), en final de grupo fónico; también ante *s* en pronunciación familiar; en el grupo *tr* se oye frecuentemente, hasta en la pronunciación culta, una africada ápicoalveolar asibilada, sobre todo en *str* (*sastre*, *ministro*), que en el lenguaje semiculto se aproxima bastante a la *ch*, sin confundirse con ella. También en las regiones altas de Antioquia encuentra Luis Flórez personas que pronuncian asibilada y sorda la *r* final de sílaba o la de grupo (*trabajar*, *señor*, *calor*, *comer*), y en algunos lugares la *tr* es una africada ápicoalveolar o prepalatal, de timbre parecido a la de Bogotá, que exageradamente se representa con *ch*: *chago* (trago), *Reschepo* (Restrepo).

En los Andes de Venezuela la *r* y la *l* conservan su propia articulación y están claramente diferenciadas (hay algunos trueques esporádicos). En la región andina de Barinas (Calderas) y en partes de Trujillo (Boconó) se asibila a veces la *r* final: "Véngase a comer", "No se hagan de rogar". Pero tiene extensión limitadísima.

En la Sierra del Ecuador la *r* es fricativa, con ensordecimiento parcial o asibilación ante consonante y en posición final: *calor*, *color*, *puerco*, *perla*, *parte* (también en el departamento limítrofe de Nariño, en Colombia). Se oye como una fricativa alargada que se acerca fonéticamente a la *rr*. La asibilación se da también en el grupo *tr* y *dr (tres, tendré)*. Aunque no tenemos noticias muy concretas, parece que lo mismo puede decirse de la Sierra peruana, de Bolivia y de una parte del Norte argentino. Por lo demás, en toda la región central y andina de la Argentina se conservan diferenciadas la *r* y la *l;* la asibilación del grupo *tr* se da en las provincias andinas, igual que en Chile. Esa asibilación rebasa las tierras altas: se da esporádicamente en la región central y del noroeste de la Argentina, y con regularidad en la región guaranítica y en el Paraguay.

En general, salvo la asibilación del área argentino-chileno-paraguaya, parece fenómeno de tierras altas, consecuente con el reforzamiento articulatorio característico de estas tierras. No creemos que se dé en las regiones de extremo relajamiento consonántico, y si se ha registrado en Nuevo Méjico es porque en esta región convergen el relajamiento de las tierras bajas y el fonetismo de las tierras altas.

8. La *rr*. En la ciudad de Méjico y en su Valle lo más frecuente es la vibrante múltiple, pero también se oye una fricativa alargada, una semivibrante y una *rr* asibilada. También en Guanajuato se oye a veces asibilada. Igualmente en Nuevo Méjico.

La *rr* asibilada es característica de una serie de regiones altas. Se da en Guatemala y Costa Rica. En Bogotá, aun a veces en la pronunciación cuidada de la gente culta; también en la Sierra de Nariño, al Sur, y en lugares de Antioquia. En la Sierra del Ecuador (se exceptúa Loja) la *rr* asibilada contrasta con la *rr* costeña. También la de la Sierra del Perú y la de Bolivia. En la Argentina es general en el Centro y en el Noroeste, pero también en la región guaranítica (como en el Paraguay) y en las provincias andinas (como en Chile): es la llamada "erre de los provincianos".

Excepto Chile y la región guaranítica, la asibilación parece fenómeno de tierras altas. Por lo menos, no se da en las zonas de relajamiento extremo de la *r*. Navarro Tomás, al prologar *La pronunciación del español en Bogotá* de Luis Flórez, considera la asibilación de *rr* y del grupo *tr* como "sumisión

a influencias especiales" (quizá pensaba en el grupo *tr* de Álava, Navarra y Aragón). Hay que observar que la *r* y la *rr* no existían en náhuatl y la *rr* tampoco en quechua. En la Sierra peruana una serie de quechuismos con *r* inicial se pronuncian en el Sur con una vibrante simple *(racay, rocoto, rucre)*, contra los hábitos del español, y los indios y mestizos del centro y del sur pronuncian *jaro, baro, retama;* en cambio en Chinchaisuyo y Huanca, *basurra* (quizá ultracorrección); en Huánuco la gente hace una *r* vibrante instantánea, entre *r* y *rr*.

9. La *n*. La *n* final no se velariza en la ciudad de Méjico ni en el Valle ni en Guanajuato. Parece que tampoco en las sierras de Colombia, Perú y Bolivia. En la zona andina de Venezuela se pronuncia una *n* final alveolar enfática *(corazón)*, que la gente de Caracas remeda prolongando exageradamente la *n*. Sin embargo, la *n* velar llega, como hemos visto, hasta las tierras altas de Guatemala y el Ecuador.

En resumen, el fonetismo de las tierras altas de Hispanoamérica presenta una notable unidad y coherencia sistemática, determinada en general por el refuerzo de la tensión consonántica y la relajación compensatoria del vocalismo. En primer lugar, oclusivas de tensión enérgica, pronunciación general de las implosivas de los grupos cultos, formación de nuevos grupos consonánticos por relajación vocálica, conservación frecuente de *d* aun en la terminación *-ado*, a veces con carácter oclusivo; articulación de *ch* con fricación prolongada, y hasta adopción de una *ch* implosiva, de origen indígena; tensión prolongada con timbre palatal casi chicheante de la *s*, conservada en toda posición y capaz de absorber a la vocal contigua, incluso a la acentuada; *j* fricativa velar, *r* y *l* conservadas en cualquier posición, sin neutralización; *rr* vibrante o fricativa asibilada, sin velarización; *n* final mantenida en general como alveolar. El signo más llamativo y caracterizador es sin duda el carácter silbante y prolongado de la *s*.

Todo ese conjunto de hechos presentan en común el realce de la tensión lingual y labial, en contraste con la tendencia general del castellano, extremada en su prolongación andaluza, al relajamiento del contacto articulatorio. Malmberg, al analizar algunos hechos de la pronunciación mejicana —por ejemplo, el reforzamiento de la *r* final de sílaba— lo expresaba en una fórmula (*Presente y futuro de la lengua española*, II, 241–242): "La información contenida en la sílaba átona se transmite por la(s) consonante(s) más que por la vocal, mientras que en un castellano fonéticamente más normal, y sobre todo en las formas de lengua vulgares con debilitamiento consonántico extremo, la vocal es el elemento que tiene más valor informativo".

Hemos visto que el consonantismo de nuestras tierras bajas continuaba y extremaba las tendencias generales del español. En cambio vemos que el de nuestras tierras altas marcha decididamente contra la corriente del consonantismo castellano. Lo cual también se puede formular de otro modo: el vocalismo de las tierras altas se relaja a favor del consonantismo. Lo cual va igualmente contra las tendencias del español. Una amplia tendencia de esta naturaleza no parece que pueda explicarse por el juego endógeno del sistema, sino por la intervención de una influencia extraña. Esa influencia no vemos que pueda ser otra que el carácter del consonantismo de las lenguas indígenas de la meseta americana. Ya hemos visto la acción de estas lenguas en una serie de casos concretos (aclimatación de las implosivas cultas, *ch* y *ll* implosivas, formación de grupos consonánticos extraños, etc.). Pero antes de afirmarlo de manera concluyente y de estudiar las circunstancias de esa influencia, vamos a analizar algunos fonemas nuevos del español de las tierras altas que proceden indudablemente de las lenguas indígenas.

## III

Esos fonemas nuevos de origen indígena, y de extensión relativamente amplia, son la š (fricativa palatal sorda), la *ts* (africada apicodental sorda) y la *tl* (africada lateral sorda). Tenemos que ver su significación y difusión, y hasta qué punto se integran en el sistema fonológico del español regional.

### 1. La š

Hispanoamérica recibió en el siglo XVI la š del español, en la que convergían la vieja š de *dixo*, *xabón*, etc., y la ž ensordecida de *mujer*, *viejo*, etc. Esa š tuvo vida americana en la primera época, como lo prueban una serie de testimonios y una cantidad de hispanismos en diversas lenguas indígenas. En el transcurso del siglo XVI se fue retrayendo y se hizo fricativa velar sorda más o menos áspera, que en algunas regiones se fundió con la aspirada procedente de *f* latina *(diho, muher)*. Las voces indígenas que se incorporaron al español en esa primera época siguieron el mismo proceso, y de ahí *jícara*, *Méjico*, *Oajaca*, *Jauja*, etc., pronunciadas consecuentemente con *j* a pesar de que en algunos casos se mantiene una grafía arcaizante *(México)*. Pero a medida que se cumplía y consumaba esa transformación, fueron penetrando en el español de las regiones altas, sobre todo en el de las capas mestizas e indias recién hispanizadas, nuevos indigenismos con la š indígena, que terminó por arraigar en una amplia área.

Esta š se encuentra hoy en el Noroeste de los Estados Unidos, en toda la meseta mejicana, en Yucatán, Guatemala, El Salvador, Honduras, en la Sierra del Ecuador y del Perú, en Bolivia y en las provincias argentinas de la Rioja, Catamarca y Santiago del Estero. Se da en una serie de indigenismos, del náhuatl, del maya, de diversas lenguas mejicanas y centroamericanas, del quechua, del aimara y de otras lenguas del Ecuador, Perú, Bolivia y la Argentina. En algunas partes esos indigenismos son numerosos e importantes y designan objetos de uso familiar y cotidiano o actividades habituales; en otras son mucho menos abundantes. Pero en todas partes la š de esos indigenismos léxicos se complementa, en mayor o menor medida, con la de la toponimia y la antroponimia. De todos modos la existencia de un fonema š que convive con la *s* patrimonial del español afecta en mayor o menor medida al sistema fonológico de cada región. No podemos detenernos ahora ni en la extensión fónica de la š en cada comarca ni en el rendimiento funcional de la oposición s-š. Pero sí nos interesa destacar que esa š de origen indígena se ha enriquecido en algunas regiones con restos de la š española del siglo XVI (grafía *x*), con una š nueva o con varias šes nuevas que han surgido como alófonos de *s*, de *y* o de *ch* españolas, y con la š de algunos extranjerismos (anglicismos o galicismos), y que se ha extendido además a algunas voces españolas en lugar de la *s*. Vamos a destacar los hechos más significativos:

a) NUEVO MÉJICO. Además de la š de una veintena de indigenismos muy corrientes, conservados desde el siglo XVI o XVII (casi todos nahuatlismos que llegaron con el español de Méjico), hay una š como resultado de *s* + *yod*, de *y* (o de *y* < *ll*) y de *ch* (*šelo* (cielo), *Encarnašón* (Encarnación), la *šaves* (las llaves), *ašá* o *ažá* (allá), *ošo* (ocho), *serrušo;* etc.). Se da también en los anglicismos (*quiaše* o *quiaši*, de *cash*, al contado). Además, en algunos hipocorísticos de origen español: *šente* (Vicente), *Fašico* (Francisco), nombre que ha tenido notable vitalidad en el folklore regional (*Mano Fašico*, de hermano Francisco) y que designa además al negro. Ha desplazado a la *s* por lo menos en una voz española: *mušaraña*, mueca que hace un niño en una disputa. Y es importante señalar que se da (Duncan dice que ha perdido vitalidad desde la época de Espinosa) en una serie de voces delante de k: *mošca*, *bašcas*, *mašcar*, *máščara*, *pešcar*, *cašco*, *cáščara*, etc. Esta š (ante *k*), abundantemente documentada en el español de España y de Méjico en el siglo XVI y conservada en el judeo-español, prueba que no toda š española se hizo *j* en América. Se conservó sin duda hasta hoy en esos casos por su posición implosiva, que coincide con la š de una serie de indigenismos

*(niščómel*, 'mezcla de cal y agua en que se cuece el maíz'; *ništamal*, 'masa hecha de maíz cocido'; *tapeište*, 'cama tosca hecha de varas y cañas', del náhuatl *tlapechtli)*.

b) MESETA DE MÉJICO. Si bien muchos de los nahuatlismos con š se han incorporado a la marcha general del español con *j*, *s* o *ch (jícama, jitomate, ejote; Tasco* y *Sochimilco*, aunque se escriben con *x; sóchil* o *súchil*, 'flor', de *xóchitl; chipote*, 'chichón', 'divieso', de *šipotli)*, hay una serie muy grande de ellos con š en el vocabulario general y en la toponimia habitual (nombres de calles, como *Xola*, etc.). También en Méjico se ha registrado la š en algunos casos como los que acabamos de ver en Nuevo Méjico: *mošca* en Hidalgo, que no puede ser caso aislado (Bernal Díaz escribía *axcua*, 'ascua'). La š implosiva, ante *k* u otras consonantes, se da hoy en una serie de nahuatlismos, y Don Pedro Henríquez Ureña la recogía en el adverbio *ašcan* 'ahora' (y en sus derivados *ášca* y *ášcale*) y con menos persistencia en *ištle* o *Ištapalapa;* se da además en *moštle*, 'espata seca de maíz'; *paštle*, 'pegote'; *šaštle*, 'hez'. En una serie de nahuatlismos la š alterna con la *j* y con la *s* (*šošo* y *jojo*, 'descuidado', 'abandonado'; *Soloco* y *šoloco*, etc.), y quizá ello explique la pronunciación *šobaco* por *sobaco*. También alternan *changüí* (hoy del español general) con *šangüí (dar šangüí)*.

c) YUCATÁN (aunque es en general tierra baja, constituye una prolongación de la cultura maya de las tierras altas de Guatemala). La š es muy frecuente en una serie de nahuatlismos procedentes de la meseta mejicana y en una grandísima cantidad de voces y nombres de origen maya. Llama especialmente la atención una š líquida: *šcacalché*, 'el piñón'; *šcoché*, *šcolac*, *šcanché*, *šcanloc*, *šcana*, *šqueu*, etc., nombres de plantas; *šchup*, 'el algodón'; *šcoc* o *šcoque*, 'un ruiseñor indígena'; *škol* o *špelón*, 'tipos de frijol'; etc. En la toponimia, nombres como *šcalac*. Mientras que en Méjico pronuncian *súchil* o *sóchil*, 'la flor', en Yucatán conservan la š del náhuatl *(šúchil)*. La š de Yucatán se ha extendido por los Estados vecinos. En Tabasco *ušpi* o *uspib*, una planta. En Veracruz se ha registrado *pešcao* y pešquería (como en la meseta mejicana y en Nuevo Méjico) y además *Palenšišco* (Francisco) y *šošep* (del antiguo *Joseph*).

d) GUATEMALA. La š se conserva en muchos nahuatlismos y en una serie de voces de origen maya. Predmore (*RFH*, VII, 278) da algunas noticias: es general en el Norte y en el Oeste, en el habla de todos, indios y ladinos (*Chimáš*, *Chiláš*, etc.); *Mixco*, un pueblo cercano a la Capital, se pronuncia más con *s* que con š; los habitantes de Santo Tomás Chichicastenango se llaman *mašeños* (de *tomaseños*), tanto en esa población como en la Capital; en una serie de casos (*tapešco-tapesco*, 'cama rústica'; *tapiščar-*

*tapiscar*, 'cosechar'; *cacašte-cacaste*, 'unas angarillas indígenas', etc.) conviven la *s* y la š.

e) HONDURAS. Se ha registrado una š implosiva en una serie de nahuatlismos: *mištayol, mištamol, mište, mišquera*, etc.

f) EL SALVADOR. Según noticias de Canfield (*Filología*, VI, 32), la š se da en una serie de voces indígenas de origen náhuatl y de origen maya: *ušota, pušco, pišiše*, etc., hasta entre personas que no hablan más que español. Gagini registraba *šuco* 'agrio', frente a *juco* de Honduras, *choco* de Nicaragua, *joco* de Costa Rica y *jocoque* de Méjico (del náhuatl *šócoc*). Se conserva la š aun en voces que en Mèjico se han hispanizado totalmente.

g) ECUADOR. En el habla de la Sierra hay una serie de quechuismos con š en toda posición, que recoge Humberto Toscano: *ošota* frente a la *ojota* de Bolivia y la Argentina y la *osota* de la Argentina y Chile; *šigra* 'bolsa', 'alforja' y *šigrero* 'el comerciante que lleva géneros o víveres de la Sierra al litoral'; *šúa* o *šugua* 'el ladrón'; *šunguito* 'corazoncito' ("¡Ama mía šunguita!", dicen las verduleras de Quito para captar a los parroquianas), etc. A esa š se ha incorporado plenamente la de los nombres extranjeros (*Washington* frente a *Guásinton* de la costa; Hiroshima, etc.) y de algunas voces adoptadas (*šutear*, del inglés *to shoot; pelúš* del francés *peluche*, felpa). En el vocabulario español se da frecuentemente en los siguientes casos: 1. Como palatalización de *s* + *yod (diešocho* o *dišocho); quišo* (quicio); *estašón* (estación), etc. 2. En una gran cantidad de hipocorísticos: *Piši* (Purificación); *šuli* (Soledad); *Caši* (Casimiro); *Cunši* (Concepción); *Ašuto* o *Ašuca* (Asunción); *Išaco* (Isabel); *šiši* (Cecilia), etc. 3. En una serie de voces afectivas y del lenguaje infantil: *mišo* o *mišito*, para llamar al gato; *šapato* (zapato), *šunšu* (zonzo), *pešte* (¡peste!) y festivamente *coštumbre*. 4. En *cašcar cašcabel, mašca* ("la mazamorra de *mashca*", en Icaza, que se hace con harina de cebada; la gente media pronuncia *máchica;* Fr. Domingo de Santo Tomás, en 1560, registraba *maxca*), con š implosiva como en una serie de quechuismos (*timbušca*, 'un manjar'; *rutušca*, 'trasquilado', usado como mote ofensivo); *Maiguašca*, etc. (Mossi observaba que la *s* del quechua se palatalizaba delante de *k*). 5. Se da igualmente en la vieja exclamación *¡xo!* (pronunciada šo), muy frecuente en la Sierra para detener las cabalgaduras, igual que en el español antiguo y clásico.

h) PERÚ. Aunque la š no es patrimonial del quechua (la *s* del quechua les sonaba palatal muchas veces a los españoles del siglo XVI y la representaban frecuentemente con *x*), sí se da en el Norte de la Sierra (como en el Ecuador). Hay además una serie de voces y nombres con š del aimara y de las hablas forestales, que recoge Benvenutto Murrieta, el cual dice que la š

se encuentra en toda la Sierra, especialmente en el Norte, incluyendo zonas en que sólo se habla español (en la montaña y en los núcleos indígenas de la Costa). Se da incluso en voces castellanas como *conquišta* y *ašinito* (de *asina*) y en algunos portuguesismos como *frešco* 'afeminado'.

i) BOLIVIA. Tenemos unas pocas noticias, por información oral. Además de la š de numerosos indigenismos ("Cómpreme queshuara", del quechua *késhuar*, una flor) y de los anglicismos (*šutear*, etc.), se da en algunos hipocorísticos (*šiščucho*, Francisco) y como desarrollo de *s* + yod: *Asunšón*, *Concepšón*, *estašón*, *la našón*, *dišocho*, *šento mucho*, *šento cincuenta*, etc.

j) ARGENTINA. Se ha registrado ampliamente en las provincias de Catamarca, La Rioja y Santiago del Estero, aunque seguramente tiene más extensión. En Buenos Aires y en el Litoral hay š en una serie de italianismos del habla general y del lunfardo (también en el Uruguay). Vamos a detenernos únicamente en la de origen indígena, y sus consecuencias en el vocabulario español.

1. Catamarca. Lafone Quevedo registra una serie de voces con š (las transcribe con *x*). La š es también muy frecuente en la toponimia de la provincia.

2. La Rioja. Se da en una serie de voces indígenas, del quechua y de las viejas lenguas de la región, y en la toponimia, y ha pasado al vocabulario español en los siguientes casos: a) En una serie de hipocorísticos: *Jóshe* (José), *Sheba* (Sebastián), *Cashi* (Casimiro), *Jushi* (Jesús o Josefa); el *Diccionario* de Julián Cáceres Freyre trae una veintena de ejemplos; b) Por palatalización de *s* + *yod (cošiaca* o *cošanga)*; c) En una serie de voces, sin duda con cierto carácter afectivo: *ašina* o *ašinita* (de *asina;* se acompaña con un ademán); *šanjua* (sanjuanino, con valor despectivo); *šeca* ("Le pegó una *šeca* [al vaso de vino] y se fue"; de *šeca*, postverbal de *secar)*; *šema* o *šemita;* *šumir* ("La šumió hasta la maza"; es 'introducir violentamente'); *aišita nomás* (ahicita); *crušaco*, 'persona andariega o inquieta' (de *crušar*, cruzar las piernas bajo el lomo de los caballos); *pašuco* (se dice del caballo de paso suave y acompasado, de *pašuquear*, 'andar al paso'); *tošeque* ("Es un viejo *tošeque*", que tose mucho), *šiclón* (de *ciclán* o *chiclán*), etc.; d) Un caso especial es *blandušco* (cfr. *mašcar*, etc., más arriba), con š implosiva como en *pošco* 'podrido', *pušca*, 'huso de hilar', *cušco* 'el perro pequeño'; e) tienen carácter especial *miši*, *mišilo*, *mišingo*, *mišito*, *miširingo* 'el gato' y *carašo*, con valor eufemístico; quizá también *¡šošo!* para ahuyentar gallinas y otras aves de corral (puede ser prolongación del *¡xo!* antiguo).

3. Santiago del Estero. Se da la š, igual que en el quechua regional, en una serie de hipocorísticos: *Shaca* (Zacarías), *Shava* (Salvador), *Shantu* (San-

tos), etc. Se llama *šalaco* al 'habitante de las márgenes del Salado', a veces despectivamente (equivale a 'ignorante', 'atrasado' 'incivil').

Llama la atención, dentro de la amplia vida de la š en todas esas regiones, su frecuencia en los hipocorísticos y en una serie de voces afectivas de origen español. En muchos casos la š es una variante afectiva de *s*. Quizá ello asocie esas formas al vocabulario de origen indígena, cuyo uso tiene en general carácter afectivo.

## 2. La *ts*

El español de la Conquista y la colonización tenía todavía, aunque en amplio proceso de transformación, cumplido total o parcialmente en algunos sectores, dos sibilantes africadas que se representaban ortográficamente con *ç (braço)* y con *z (dezir)*. La primera era sorda [ᵗs] y la segunda sonora [ᵈz]. De su existencia en América han quedado testimonios, entre ellos algunos hispanismos de las lenguas indígenas. A veces con esa *ç* y con *z* representaron los cronistas y misioneros en toda América las sibilantes africadas de las lenguas indígenas: *çapote* o *zapote* (del náhuatl *tzápotl*), hoy *sapote; zopilote* (del náhuatl *tzopílotl)*, hoy *sopilote; çapallo* o *çara* (del quechua; así en el Inca Garcilaso), hoy *zapallo, zara*. En Méjico fue más frecuente la grafía *tz* (a veces *ts*). En la medida en que se consumó la fusión de esas dos africadas españolas con la *s* sorda del español, que absorbió también a la *s* sonora tradicional (el complejo proceso del seseo americano), la *ts* o la *tz* de los indigenismos se incorporó en general a la *s*. En algunos casos, por mantenimiento de su carácter africado, a la *ch: Malinche*, de *Malintzin; chichicascle*, de *tzitzicaztli*.

Una vez cumplida esa transformación, siguieron penetrando, a través de la acción misionera, tan respetuosa con las lenguas indígenas, y del bilingüismo de amplios sectores indios y mestizos, nuevas voces indígenas con el grupo *ts*, que en mayor o menor medida arraigó en el fonetismo de algunas regiones hispanoamericanas. A ese grupo se han incorporado además, sobre todo en Méjico, una serie muy grande de formas españolas con *ts*, surgida, como ya hemos visto, por el relajamiento y pérdida de la vocal intermedia.

Desde el punto de vista fonético se puede hablar, por influencia indígena, de una ŝ africada, pero no parece que esa ŝ se haya integrado como fonema independiente en el sistema del español de esas regiones. Más propio parece hablar de un grupo *ts* —de todos modos extraño al español—, en el que se sienten plenamente diferenciadas la *t* y la *s*. Esto es más evidente en casos

como *habitants*, *ahuacats*, etc., en que la *s* final tiene claro valor morfemático.

a) MÉJICO. El grupo *ts*, escrito más frecuentemente *tz*, a la manera tradicional, se encuentra en una serie muy grande de indigenismos, del náhuatl y de otras lenguas mejicanas: *quetzal*, ave muy asociada a la mitología y a la literatura; *atzapote*, un tipo de zapote; *atzcacoyote*, 'el oso hormiguero'; *tzoque*, *tzendal*, *tzeltal*, etc., tribus indígenas y sus lenguas; *Atzcapotzalco*, *Tzintzuntzan*, *Atzimba*, *Caltzontzin*, *Quetzaltenango*, *Mitztitlán*, *Pátzcuaro* y unos centenares más, en la toponimia y la antroponimia. El indigenismo mejicano, con el estudio y exaltación del pasado indígena, está restableciendo la *tz* en una serie de nombres, que se incorporan a los textos históricos, antropológicos y geográficos: *Quetzalcóatl* 'el dios supremo', *Huitzilopochtli* 'el dios azteca de la guerra'; Bernal Díaz lo hispanizaba en la forma *Huichilobos*, etc.

El grupo *ts* es también muy frecuente en el vocabulario español, como hemos visto, por relajamiento de la vocal en contacto con *s*: *pastorcits* (pastorcitos), *ventséis*, *ventsinc*, *partspants* (participantes), *habtants* (habitantes), *docients*, *gents*, *ahuacats*, *ésts*, *cuánts*, *ants*, *carrits*, *aquítspero* (aquí te espero), etc. Está tan arraigado, que el nombre de *Guest*, de una compañía mejicana de aviación, lo hemos oído constantemente *Guets*.

En la Ciudad de Méjico se observa la realización de una **dz** sonora por pérdida de las vocales intermedias (la sonorización de **la** *s* es muy frecuente en esos casos: *NRFH*, XIV, 232): **adzér** (ha de ser), **ezdzír** (es decir), etc.

El grupo *ts* está también muy extendido por Guatemala y gran parte de la meseta de América Central (el *quetzal* es la moneda nacional de Guatemala), aunque lo más frecuente es la reducción a *s*.

b) ECUADOR. En el español popular de la Sierra se da la *ts* en una serie de quechuismos y en voces indígenas de otras lenguas. A veces alterna con la *ch*, que implica una hispanización. Humberto Toscano recoge *tsogne* o *tsogni* 'legaña', de uso general (en Cuenca, y a veces también en Quito, *chocni*) y sus derivados *tsognido* o *tsogniento* 'legañoso'; *tzirapa* o *chirapa*, 'gallina de plumas encrespadas'; *tsarqui* (sobre todo en el habla de los indios; *charqui* en casi toda América del Sur); *tzoto* o *choto* 'nudo'; *catzo* 'escarabajo' (sirve como apodo para los viejos); *atsagnar* 'maniatar'; *atzera*, 'hoja en que se envuelven los tamales' (en Cuenca, el Perú, etc., *achira*). Se ha generalizado el nombre de *tsantsa*, que se da a las cabezas reducidas de los indios jíbaros (procede efectivamente del jíbaro). Hay un grupo literario de jóvenes rebeldes llamados *los Tzánticos*. El nombre de Maeztu lo hemos oído muy frecuentemente *Maetzu*, aun a profesores, y hasta así lo hemos visto escrito.

## 3. La *tl*

La africada lateral *tl* (con *l* sorda) es característica del náhuatl y de una serie de lenguas mejicanas, y hoy lo es también del español de la meseta de Méjico. Los primeros conquistadores y pobladores, cuando se encontraron con ese sonido extraño, le dieron tratamiento muy variado, según su posición.

1. En inicial de palabra. a) Lo redujeron frecuentemente a *t-: Tlaxcala* > *Tascala; tlaxcalteca* > *tascalteca* (los dos se encuentran en una serie de cronistas y misioneros); *Tlatelolco* > *Tatelolco* (en Bernal Díaz); *tlapechtli* > *tapeste, tapeiste* o *tapesco* 'lecho rústico de varas, cañas, tablas', etc.); *tlacuache* > *tacuache* 'la zarzaparrilla'; *tlameme* > *tameme* 'el indio de carga'; *tlapatíotl* > *tapatío* 'el natural de Guadalajara'; *tlapantli* > *tapanco* 'desván', y muchísimas más; b) Lo convirtieron en *cle-*, grupo familiar al español: *tlemulli* > *clemole* 'clavel de Indias'; *tlaco* > *claco* 'una moneda, y también dinero en general'; *tlacote* > *clacote* 'forúnculo', 'tumor', y muchas más.

2. En inicial de sílaba tras consonante. a) Se reduce a veces a *t: Ocoliztle* > *Ocoliste* (en Bernal Díaz); b) Con más frecuencia se hace *-cle: chilpoctli* > *chilpocle* 'tipo de chile o ají'; *cactli* > *cacle* 'sandalia rústica'; *zenzontle* > *zenzoncle* (y también *zinzonte*, la famosa ave mejicana); etc.

3. En posición intervocálica. a) Lo redujeron por lo general a *t: métlatl* > *metate; petlatl* > *petate; petlacalli* > *petaca; tlaotlali* > *clotali* 'cacique'; *camotli* > *camote;* etc.; b) A veces se convierte en *-dl-: Cuitláhuac* > *Coadlabaca* (en Bernal Díaz); hoy *Cuernavaca.*

4. En posición final (completamente incompatible con el fonetismo español). a) Se reduce a cero: *cacáhuatl* > *cacao; tíçatl* > *tiza* (también *tizate*); *náhuatl* > *nahua* (también *nahuate*); *Tecpanécatl* > *Tecapaneca, Xicoténcatl* > *Xicotenga, Axayácatl* > *Axayaca* (los tres en Bernal Díaz); etc. b) Se reduce a *-te: tómatl* > *tomate; huexólotl* > *guajolote; tzopílotl* > *zopilote; ahuácatl* > *aguacate; achíotl* > *achiote* o *achote; tecólotl* > *tecolote* 'lechuza', etc. c) Se reduce a *l: xóchitl* > *súchil* o *sóchil* 'flor'; *téotl* > *teul* (o *teule*); *oyametl* > *oyamel* 'un árbol'; *maxtlatl* > *mastel* ("unas mantas estrechas que entre ellos llaman *masteles*", dice Bernal Díaz; también se usó *mastate;* es una especie de taparrabos); etc.; d) Se convierte en *-que: Popocatépetl* > *Popocatepeque; Xaltepetl* > *Xaltepeque* (los dos en Bernal Díaz); e) También a veces en *-cle: Olintetl* > *Olintecle* (también en Bernal Díaz).

Ya se ve que se sometió al sonido nuevo a un amplio proceso de hispanización, que continúa todavía hoy en ciertas regiones y en ciertos sectores

sociales. Pero ya en Bernal Díaz, que escribe su *Verdadera historia* unos cuarenta años después de la conquista de Méjico, aparecen numerosas formas con *tl*. Esas formas son aun más frecuentes en los textos de los misioneros (Sahagún, por ejemplo) y en los cronistas de la segunda generación. A través del bilingüismo de indios y mestizos la *tl* arraigó en toda posición, aun en la final, en el habla general de la Ciudad de Méjico y de toda la meseta: *Quetzalcóatl*, *Popocatépetl*, *Iztaccíhuatl*, *Ixtlilxúchitl*, *Huitzilopochtli*, *Tláloc*, *Tlalnepantla*, *Nochistlán*, *Tenochtitlán*, *Tepozotlán*, *Tlascala* y *tlascaltecas*, *tlapalería* y *tlapalero*, *zenzontle*, *tezontle*, *escuintle*, *teponastle*, *tlaconete*, *contlapache*, *matlapil*, *teponaztle* y varios centenares más, sobre todo nombres de plantas, animales y objetos diversos. El indigenismo mejicano de las últimas generaciones ha contribuido a arraigarlo a través de los textos históricos, geográficos y arqueológicos, las guías de turismo y la acción general de la escuela, y ha restablecido en muchos casos la forma original frente a la hispanizada.

A veces alternan las formas con *tl* indígena y las resultantes de la variada hispanización: *tlaco-claco*, *pastle-pascle-paŝcle*, *tlacistle-tlaciste-tlaciscle-taciste* (de *tlaŝistli*), *tezontle-tezoncle*, *chilpotle-chilpocle*, *tlacuache-clacuache*, *escuintle-escuincle*, *achichintle-achichincle-achichinque*, *tlemole-clemole-temole*, *tlacomistle-cacomistle-cacomiste*, *tapestle-tapescle-tapeste*, *tlacote-tacote*, *tlecuil-tecuil*, *cocolistle-cocoliste*, *cacastle-cacaste*, *zenzontle-zenzonte-zinzonte*, etc. La preferencia por una u otra forma puede depender del grado de hispanización o del mayor o menor respeto por el fonetismo indígena. Y esa alternancia explica la incorporación del grupo *tl* a algunas voces de origen español. Don Pedro Henríquez Ureña recoge: *tlapiche* por *trapiche* (en el siglo XVI), *almistle* por *almizcle* y *tlafalmeja* por *trafalmeja*.

El arraigo del grupo *tl* se manifiesta además en el silabeo de los helenismos españoles con *tl: atlas*, *atlante*, *Atlántico*, *atleta*, etc. El mejicano, frente al español de la Península y de las tierras bajas *(Adlántico* o *Alántico)*, silabea perfectamente *a-tlas*, etc., y no relaja ni sonoriza la *t*. Ese silabeo, sobre todo con los nombres geográficos e históricos de Méjico, se ha extendido por los países vecinos y por casi toda América. El silabeo *a-tlas*, como la pronunciación *Tlascala*, es hoy general en casi toda Hispanoamérica, especialmente en las tierras altas. El grupo consonántico *tl* hace así juego con *tr (a-tlas* como *a-trás)*.

¿Tenemos así en el español mejicano un grupo consonántico *tl*, con *t* y *l* españolas, o bien la africada sorda lateral del náhuatl integrada en el sistema fonológico? Desde el punto de vista fonético es indudable que amplios sectores de la población, popular, semiculta, culta, pronuncian una *tl* africada,

que en posición final de sílaba o de palabra *(Popocatépetl, Ixtlilxúchitl)* se oye a veces como consonante silábica. Pero parece evidente que esa *tl*, aunque tiene carácter distintivo —caracteriza en general al vocabulario de origen indígena— no tiene en el español mejicano valor oposicional frente a ningún otro fonema de la lengua. Hay que considerarla, pues, como un grupo *tl* que ha venido a modificar la distribución y frecuencia de la *t* y de la *l* y a transformar hasta cierto punto la estructura silábica del español de Méjico.

## IV

Un estudio del consonantismo de las tierras altas, en contraste con el relajamiento consonántico de las tierras bajas, sería incompleto e incoherente si no tomara en cuenta al mismo tiempo el comportamiento del vocalismo. Ya hemos visto en general que el realce consonántico de las tierras altas coincide, de manera espectacular en algunas regiones, con el carácter relajado y caduco de las vocales átonas, iniciales, interiores y finales, y a veces también de las tónicas. Reunimos aquí los datos más ilustrativos:

1. En la ciudad de Méjico y en su meseta (hasta Guanajuato e Hidalgo) se ha observado, en todas las clases sociales, el debilitamiento de la átona inicial (*°ficio, ⁱtaliano, ᵃmigo;* a veces *ficio, taliano, migo*, con prolongación de la consonante inicial), de la protónica y postónica *(polⁱcía* o *polcía, fosfro, campsinos, exprimento, pésᵃme, pscuezo, empzar, acstumbro, confsión, divrsión, cam'sita)*, de la final, en contraste con su longitud habitual en castellano *(viejsit°, casᵃ, loc°, cucarach)*, y en general en cualquier posición o en enlace sintáctico (*ch'stes, dients, mans, Velázcz, accidents, vivs, vams, muchs, ins'stió, pas'sté* "pase usted", *ps'ntons* "pues entonces", *qué s' sede* "que sucede", *cro csí* "creo que sí"). Observa Matluck que el relajamiento y pérdida de la vocal inicial deja su huella en la prolongación de la consonante siguiente: *m:igo* (amigo), *f:icio* (oficio), *n:ero* (enero); en el caso de consonantes oclusivas la prolongación parece afectar a la parte implosiva: *t:aliano* "italiano" (*NRFH*, VI, 112). En Nuevo Méjico y Sur de Colorado, donde convergen una pronunciación de tierras altas con otra de tierras bajas, observaba Espinosa *m, n, l*, acentuadas, con carácter silábico, a expensas de la vocal siguiente *(i* o *u): cam'ta, cun'ta, al'ta, m'beso* "un beso" (también *l, r*, inacentuadas).

También María Josefa Canellada y Antonio Zamora Vicente (*NRFH*, XIV, 221–241), que se han detenido a estudiar la caducidad del vocalismo átono, y aun del tónico, admiten la existencia de consonantes silábicas en

el español mejicano. Esa caducidad del vocalismo, que observan en todas las clases sociales de la Ciudad de Méjico, les parece "el fenómeno más detonante y más curioso de todo el español americano" (pág. 225). Al señalar la pérdida de la vocal protónica, quizá la más perceptible, agregan (pág. 229): "Se puede decir, sin temor a exagerar, que el rasgo más saliente del español mexicano está precisamente en la especial fisonomía fonética producida por la elisión de esa vocal". Y al registrar la caída de las vocales finales, todavía insisten (pág. 230): "se trata del rasgo fonético más acusado y definitorio del español mexicano en las tierras altas".

Hay que descontar cierta exageración en esas observaciones: muchas de las transcripciones que servían de base a ese trabajo las rechazaban enfáticamente los mejicanos; nosotros no hemos observado esa tendencia de modo tan extremo ni tan general. También Manuel Alvar, *Polimorfismo y otros aspectos fonéticos en el habla de Santo Tomás Ajusco* (XI Congreso Internacional de Romanistas), decía: "creo que se ha exagerado la caducidad de tales vocales, o cuando menos, su abundancia y frecuencia. Mi impresión de hispanohablante, en un primer contacto con la lengua de la capital de la República, distó mucho de creer que estuviera en relación con un sistema vocálico distinto del mío". En Santo Tomás Ajusco encontraba ocasionalmente la pérdida (*frijol$^e$s*, *ant$^e$s*, *guajolot$^e$s*, *poyit$^o$s*, etc.), sobre todo en sujetos que estaban en contacto con el Distrito Federal, desde donde le parecía que irradiaba el fenómeno. Malmberg, en sus *Estudios de fonética hispánica*, 86 y sigs., creía oír en la mayor parte de los casos un resto de vocal: una palabra como *pas(o)s* le dejaba siempre la impresión de ser bisílaba.

2. En Bogotá y parte de su meseta se ha observado relajamiento general de la vocal inacentuada, y aun de la acentuada, en contacto con *s* y *ch*: *s'senta* (sesenta), *muchismas gracias*, *una vis$^i$ta*, *un vas$^i$to*, *s'señora* (sí señora), *Sntander*, *ch$^i$charrón*, *cach$^e$tada*, *ch$^i$cha*, etc. Aun la *a* se abrevia bastante en sílaba trabada por *s*: *h$^a$sta* (hasta mañana), *cas$^a$s*, *p$^a$still$^a$s*. En Nariño y Cauca (en la frontera con el Ecuador), y en Antioquia, Caldas y Norte de Santander, nota Boyd-Bowman, aun en el habla de la gente culta, la pérdida de vocales en casos como *p's* (pues), frente a *pueh* o *pue* de la costa.

3. En la Sierra del Ecuador *crio csí* (creo que sí), *ests*, *cuánts*, *sí p's* (sí, pues), *Merceds*, *tiends*, *plums*, etc. "Las vocales finales que preceden a una *s* —dice Humberto Toscano (*Presente y futuro de la lengua española*, I, 117)— se pierden casi totalmente en el habla vulgar serrana, desde Cuenca hasta el Carchi". Ello se nota particularmente desde Chimborazo hasta Ibarra, y ya en el siglo pasado llamó la atención a Simón Rodríguez, el maestro de Bolívar, y a Francisco Javier Salazar. A medida que se avanza de Rio-

bamba a Loja las vocales son más plenas, y en la costa se pronuncian mejor.

4. En la Sierra del Perú y de Bolivia el relajamiento es también muy general, pero tenemos pocas noticias: *Potsí*, etc.

Martinet, en su *Économie des changements phonétiques*, observa en general un amplio juego de báscula entre la consistencia vocálica y la consonántica: a mayor abertura del consonantismo (sonorización, relajamiento, pérdida), mayor abertura vocálica; a mayor cerramiento consonántico (tendencia a las oclusivas, a las africadas, a las geminadas), mayor cerramiento de las vocales (reducción, diptongación de hiatos, monoptongación de diptongos, timbre más cerrado, etc.). Se supone —dice— que el consumo de energía es sensiblemente constante en una lengua a través de las épocas: refuerzo en un sentido es debilitamiento en otro; vocales y consonantes forman parte de un mismo circuito económico, y las consonantes se refuerzan cuando caen las vocales. No hay reforzamiento sin compensación.

Sin necesidad de aceptar el principio en forma absoluta, es lo que hemos encontrado en general en todo nuestro estudio. Acabamos de ver el relajamiento vocálico de las tierras altas en contraste con la fuerza de su consonantismo (las tierras bajas tienen en general vocales más plenas y estables). En cuanto al timbre de las vocales, se ha observado en general una relativa abertura en el español antillano (la pérdida de las consonantes implosivas ha producido en muchos casos la fonemización de la *a*, *e*, *o*, abiertas), en contraste con cierto cerramiento general en el vocalismo de las tierras altas. Ese cerramiento lo observa Don Pedro Henríquez Ureña en Méjico, y otros lo han señalado en toda la meseta de América del Sur. El efecto neto —dice Canfield— es perceptible en el Ecuador interandino, la Sierra peruana, Bolivia (excepto Santa Cruz y Tarija) y el Norte de Chile. Se nota sobre todo en la pronunciación de la *e*, en contraste con la del castellano general: *tierra* y *perro* se pronuncian con *e* cerrada; en *qué* y *queso* la *e* se vuelve esporádicamente *i*. Lo mismo pasa con la *o*, sobre todo la final (*puzu*, pozo). Varias regiones de Colombia, de la frontera mejicana, de Yucatán (esporádicamente también en otras partes), pronuncian *-u* por *-o* en posición final. Se puede agregar una gran porción del Norte argentino y la provincia de Santiago del Estero. El quechua desconoce la distinción *e-i*, *o-u*, y gran parte de la población india y mestiza traslada esa indistinción al español, con preferencia por la variante más cerrada.

No podemos entrar ahora en un estudio general del vocalismo, y nos limitaremos a señalar rápidamente algunos contrastes. Junto con la relajación y cerramiento de las vocales se nota en las tierras altas una tendencia más radical que en las demás a la diptongación antihiática. Pronunciaciones como

*maí(z)*, *raí(z)*, *caída*, *baú(l)*, *oí(d)o*, *Rafae(l)*, etc., que se dan con mayor o menor extensión en las Antillas, en la costa de Venezuela, en la costa del Ecuador, en el Paraguay y en la región guaranítica de la Argentina (como en Andalucía y Murcia), no se conocen en el habla popular de las tierras altas. La diptongación antihiática es general en todas ellas —no conocemos una sola excepción—, y llega a las formas extremas *máistro*, *Rafáil*, *cáir*, *tráir* (con desplazamiento del acento y cerramiento de la vocal) y aun *mestro*, *Rafel*, *quer*, *trer*. Aun más, en varios lugares de Puerto Rico encuentra Navarro Tomás, con cierta sorpresa, pronunciaciones como *píedra*, *púerta*, *cúatro*, francamente antidiptongadoras, sobre todo en pronunciación fuerte y enfática.

Esas pronunciaciones *mestro*, *Rafel*, *quer*, *trer*, testimonian además la tendencia a la monoptongación de que hablaba Martinet. En la meseta de Méjico es general además *ora*, *orita*, *oritita* (en todas las clases sociales), y también *hogar* (ahogar), *horrar* (ahorrar), *horcar* (puede ser formación directa sobre *horca*), *omentar* o *umentar* (aumentar), *otoridad* o *utoridad*, *ullar* (ahullar), *mullar* (maullar), *onque* (aunque), *pos* (o *pus* o *p's*), sin contar formas como *Uropa*, *Ugenio*, *ucalito*, que son quizá panhispánicas. En El Salvador una frase típica como *buir a trer* (voy a ir a traer), con la conservación de las consonantes y la reducción de las vocales ¿no representa el fonetismo de las tierras altas? En el Perú interandino observa Benvenutto Murrieta, en el habla de indios y mestizos, la reducción general del diptongo *ie*, inexistente en quechua: *tinda*, *fista*, *rinda*, etc.

Ese carácter relajado y caduco del vocalismo de las tierras altas, incluso a veces del vocalismo tónico, ¿no indica un debilitamiento general del acento léxico? Parece que el acento vocálico tiene poca intensidad en algunas regiones, y su fuerza puede pasar compensatoriamente a la consonante de su misma sílaba. ¿Cómo es el acento del náhuatl, del maya, del quechua, del aimara? El del quechua recae siempre en la penúltima sílaba, y ya esa regularidad y el hecho de desplazarse con la sufijación, parece indicar que no es muy intenso (los indios y mestizos, desde el Ecuador hasta el Norte argentino, adoptan a veces esa acentuación en voces como *sabádo*, *pajáro*, *arbóles*, etc., que les remedan con frecuencia). ¿Y el náhuatl? Matluck, al estudiar el español del Valle de Méjico, observaba un considerable alargamiento silábico al principio del grupo fónico y al final, y una reducción en el medio: la penúltima y última sílabas son siempre largas dentro de la característica cadencia circunfleja del final (desde la antepenúltima a la penúltima se ascienden unos tres semitonos, y de ahí se descienden unos seis). El problema, pues, más que de acento léxico, parece de entonación. Y en este terreno se

admite, como principio general, que las poblaciones indias y mestizas de la meseta adoptaron el español con la entonación de sus propias lenguas. Con entonación náhuatl se habla al parecer el español de la meseta mejicana. Con entonación quechua, que varía por lo demás de una región a otra —piénsese en la llamada entonación esdrujulista de Cuenca y Cañar en el Ecuador, o de la Rioja y San Luis en la Argentina— se habla el español en gran parte de las tierras altas de América del Sur. "La lengua original siempre sobresale" — decía Schuchardt.

Sin duda ha influido también en el carácter del fonetismo el *tempo* peculiar del habla de cada región. Se ha señalado como rasgo llamativo la lentitud del español de la meseta ecuatoriana o el del Valle de Méjico. Y es también importante el mantenimiento de un tono alto o de un tono grave dentro de la cadencia general: nos parece que predomina un tono más bien grave en el habla de las tierras altas.

## V

Es hora de recapitular y extraer algunas conclusiones. El consonantismo de las tierras altas, así como su vocalismo y su entonación, se apartan notablemente de la corriente general del castellano y postulan la intervención de una fuerza extraña, que no puede ser sino el fonetismo de las lenguas indígenas de la meseta. Hemos visto además cómo se han incorporado a la pronunciación de nuestras tierras altas, de manera firme aunque con extensión geográfica y lingüística variables, la **š**, el grupo *ts* y el grupo *tl*, a través del léxico indígena y de la toponimia. Una influencia tan considerable sólo puede explicarse en condiciones histórico-sociales de carácter extraordinario.

Esas condiciones extraordinarias fueron las del lento y complejo proceso de hispanización, al que hemos dedicado otro trabajo. La Conquista la hicieron pequeños núcleos de españoles (607 entraron con Cortés, 160 con Pizarro), y aunque engrosaron pronto, constituyeron en todo el siglo XVI una ínfima capa dominante superpuesta a una población de millones de indios (cuatro y medio hemos calculado nosotros para Méjico; otros, más generosos, le asignan quince, veinte, veinticinco millones). Esa población, en densos núcleos, mantuvo en general su propia estructura social, y hasta cierto punto, a través de los infinitos quebrantos de cuatro siglos y medio de colonización, la mantienen todavía hoy.

Los españoles de la primera hora tuvieron —casi todos— que aprender las lenguas indígenas. Sobre todo los misioneros —franciscanos, dominicos,

agustinos, y más tarde los jesuitas— que emprendieron la ardua tarea de la catequización y el adoctrinamiento en las lenguas de los indios de cada región. Y las estudiaron y las enseñaron y las cultivaron, y penetraron en la vida indígena, y en su pasado y en su cultura. Hubo frailes que llegaron a ser notables escritores en las lenguas de los indios. Y al mismo tiempo indios eminentes —príncipes, nobles, señores, y sus hijos— se educaron en los conventos y fueron también puente de unión entre las dos lenguas y las dos culturas. Es sin duda importante el hecho de que una parte de la población india —las capas superiores— haya adquirido su español a través de la enseñanza misionera (es decir, según un módulo culto), y sobre todo de misioneros compenetrados con las lenguas indígenas.

Mayor importancia sin duda hay que asignar a la acción del mestizaje, iniciado también en la primera hora y prolongado aceleradamente hasta hoy. Los mestizos fluctuaron entre la vida española y la indígena, y fueron a la vez agentes de indianización y de hispanización. La mujer india —madre, nodriza, criada— tuvo importancia singular, y ya señaló Lenz el hecho significativo de que la palabra que designa al niño en todas las regiones de América del Sur adonde llegó la influencia del quechua es la que empleaba la madre *(guagua)* y no la del padre *(churi)*. El bilingüismo de amplios sectores indios, mestizos y hasta blancos, explica la considerable influencia, que hemos tratado de mostrar, de las lenguas indígenas sobre el español de las mesetas. La población bilingüe —se ha señalado en muchas partes— tiende a crear un super-sistema válido para las dos lenguas. Se constituyen hábitos fonéticos comunes, y también hábitos acústicos comunes, que se expanden en las dos direcciones, hacia el español y hacia las lenguas indígenas. Nos parece indudable que los hablantes mestizos e indios comunicaron a su español sus propios hábitos articuladores y auditivos, y que aun en las grandes regiones donde se ha perdido la lengua indígena, persisten en las nuevas generaciones los viejos hábitos.[2]

Dentro de ese amplio proceso hay que distinguir sin duda una primera y una segunda hora. Es evidente que la meseta de Méjico y la Sierra del Perú y del Ecuador recibieron la misma lengua que las tierras bajas del continente:

---

[2] Hay que tener siempre en cuenta un hecho sin duda importante. En el aprendizaje de una lengua extranjera, al tratar de imitar un sonido extraño, o un sonido habitual en posición extraña, caben dos posibilidades extremas: un relajamiento o un reforzamiento. El italiano que habla español en la Argentina suprime por lo común las eses finales, pero hay muchos italianos que las pronuncian por el contrario enfáticamente: así, *dos*, por ejemplo, se oye muchas veces con una *s* final que llega a ser silábica *(dosə)*.

un castellano con gran influencia meridional, nivelado durante veinticinco años de aclimatación antillana. En la primera hora se cumplieron todos los cambios que estaban en marcha en el español: el seseo, a pesar de la existencia de una africada sorda $^{t}$s y de una sonora $^{d}$z en muchas regiones; la igualación š-ž en la *j* moderna *(dijo, mujer)*, aun en las voces americanas *(Méjico, jícara)*, a pesar de la existencia de š en muchas lenguas indígenas; la pérdida de la *h-* aspirada procedente de *f-* (sólo persistieron algunas reliquias en el habla vulgar), aunque la aspiración era frecuente en el náhuatl, el quechua y muchas otras lenguas americanas; la pérdida de la *-d* final (la *d* intervocálica parece que se mantenía todavía muy firme en el siglo XVI). Y en general se adaptaron las voces y nombres indígenas a los hábitos fonéticos del español: el *Huichilobos* o *Cuedlavaca* o *Xicotenga* o *Maseescaci* o *Suche* de Bernal Díaz (de *Huitzilopochtli, Cuitláhuac, Xicoténcatl, Maxixcatzin, Ixtlilxóchitl*) o el *Manco Capa* o el *Atabaliba* de los cronistas del Perú (del mismo modo *mitayo*, de *mitáyoc*, etc.). Es el triunfo de la acomodación hispanizadora. En esa primera hora, *bueno* y *hueso* se pronuncian *güeno* y *güeso*, y del mismo modo *Guaxtepeque* (de *Huaxtépec*) o *Teguantepeque* (de *Tehuantepec*) en Bernal Díaz, o *guagua* (de *huahua*) o *Guáscar (Huáscar)* en el Perú, aunque ni el náhuatl ni el quechua tenían **g** (pronunciaban **wé, wá**). Estamos todavía dentro de la amplia unidad del español de América, y en las tierras altas se manifiestan aún las mismas tendencias que hemos visto cumplidas luego en las tierras bajas.

Pero viene una segunda hora, que se inicia tímidamente al principio y que alcanza su plena fuerza en las generaciones siguientes, con los progresos del bilingüismo y la entrada persistente de nombres y voces de las lenguas indias en el español hablado. Esta segunda etapa no se da en las Antillas (el taíno y las demás lenguas se extinguieron rápidamente en las primeras generaciones) ni en general en las costas, donde las tribus desaparecen o se repliegan al interior. Pero en las tierras altas de América esas voces y esos nombres reforzaron en general las implosivas, introdujeron grupos consonánticos extraños y crearon hábitos articulatorios nuevos, que contrarrestaron la tendencia a la relajación del consonantismo y le imprimieron un derrotero nuevo. Aun independientemente del préstamo léxico, ya se sabe que ciertos hábitos articulatorios, a través de los sectores bilingües, se propagan por contagio más allá de los límites de una lengua.

Bernal Díaz del Castillo escribe su *Verdadera historia* en 1568, después de haber vivido casi cincuenta años en la Nueva España. En su texto aparecen también formas como *Quetzaltenango, Matlatán, Tlatelolco*, etc. La fidelidad al fonetismo indígena fue general en la obra de los misioneros y en-

tre los cronistas y escritores de la segunda hora y de las generaciones siguientes. De Fray Diego Durán, criado desde niño en Méjico, dice el P. Garibay, en su *Historia de la literatura náhuatl*, que, además de su compenetración con el estilo y el modo indígena en su obra en náhuatl, su castellano fino y atildado testimonia el de la gente establecida en tierra de indios: "tiene ya el pintoresco sabor que lo tiñe de mejicanismos, de términos arcaicos, de frases y de giros que solamente llegamos a oír en las lejanas serranías que no han sentido los cuatro siglos de correr del río lingüístico".

No parece, pues, que pueda admitirse en forma absoluta el principio que formuló Jakobson en el Congreso de Lingüística de Copenhague (1936): "Una lengua no acepta elementos estructurales extraños más que cuando corresponden a sus tendencias de desarrollo"... Claro que en general toda lengua hace su selección de acuerdo con su propio "genio" y sus posibilidades, pero el estudio de los contactos interlingüísticos entre las diversas lenguas del mundo, en el pasado y en el presente, muestra, contra las ideas de la época de Meillet, que siempre es posible una interferencia fonológica y gramatical capaz de afectar, y hasta socavar, el sistema de la lengua. El fonetismo de nuestras tierras altas prueba sin duda que una influencia extraña puede contrarrestar las tendencias de desarrollo de una lengua y llevarla cuesta arriba, por lo menos durante cierto período.

Nos falta considerar otro problema. Don Pedro Henríquez Ureña, al apuntar por primera vez el contraste entre el fonetismo de nuestras tierras altas y el de las tierras bajas, insinuó tímidamente la posible influencia climatológica. Es evidente que hay que descartar esa influencia en la evolución del español americano. Yucatán es tierra baja, pero su fonetismo, de influencia maya, corresponde al de las tierras altas de Guatemala, centro de desarrollo e irradiación de la vieja cultura maya. Santiago del Estero, en la Argentina, es tierra baja, pero su fonetismo, de influencia quechua, responde al de las tierras altas de Bolivia y el Perú, de donde procedió una parte de su población colonizadora, quechuizada además por acción misionera. El contraste entre tierras altas y tierras bajas es, pues, como hemos tratado de mostrar en todas estas páginas, contraste entre regiones que prolongan y extreman las tendencias del castellano meridional y regiones en que se ha producido —en dirección opuesta a ese desarrollo— una profunda influencia del fonetismo indígena.[3]

---

[3] La influencia climatológica quizá no sea del todo descartable en el fonetismo de las lenguas indígenas de las mesetas americanas: cabe pensar en una adaptación al medio ambiente a través de los milenios. Es evidente que las condiciones de fonación y de au-

Ahora la pregunta final. ¿En qué medida el fonetismo divergente de las tierras bajas y de las tierras altas puede conducir a la creación de dos sistemas divergentes del español americano, y también en qué medida pueden separarse del castellano peninsular? ¿Puede el juego de esas dos tendencias opuestas afectar profundamente el desarrollo de nuestra lengua en América? No nos atrevemos a hacer profecías. Por ahora puede afirmarse que todas las variedades del español, y las peninsulares no son menos espectaculares que las americanas, están contenidas por la acción unificadora o niveladora de la lengua culta común.

Esta acción niveladora se produce también entre el habla popular de las distintas regiones hispanoamericanas. En general parece que el fonetismo

---

dibilidad no son iguales en las montañas que en las tierras bajas, y el hecho de que el habla se produzca fundamentalmente en recinto cerrado o a distancia (a gritos) no carece sin duda de significación. El lenguaje es una forma sistematizada de energía: ¿No es posible que el sistema responda en cierto sentido, de generación en generación, a una organización económica del aire espirado, que es la materia prima de la fonación? Admite en general esa influencia Maurice Grammont (*Traité de Phonétique*, París, 1950, págs. 175–176) y en especial el P. Schmidt, nada sospechoso de positivismo (*Die Sprachfamilien und Sprachenkreise der Erde*, Heidelberg, 1926, págs. 309 y sigs.) Véanse además H. L. Koppelmann, *Ursachen des Lautwandels*, Leiden, 1939 (también *Klima und Sprache*, en "Anthropos" de 1934); Lord Raglan, *The Influence of Environment on Language*, en "Man", XXIX, 1929, núm. 131 (págs. 171–172), y la discusión de su artículo (Ibid., XXXI, 1931, nos 55, 109, 130); André G. Haudricourt, *Richesse en phonèmes et richesse en locuteurs*, en "L'Homme. Revue Française d'Anthropologie", enero-abril de 1961, págs. 5–10 (descarta el clima y explica la riqueza consonántica en relación con la escasez de hablantes y la influencia de otras lenguas). En el último tiempo ha renacido también la teoría genetista: véase L. F. Broshanan, *The Sounds of Language*, Cambridge, 1961.

Los climatólogos entusiastas pueden alegar a su favor la pobreza vocálica (sólo tres vocales) frente a la extrema riqueza consonántica en una serie de lenguas del Cáucaso (78 en el ubykh, 66 en el bjedukh-chapsug, 65 en el abazine, 57 en el terkesse-adigé, etc.); los 42 fonemas consonánticos del kwakíutl, en el extremo noroeste de América (como en lenguas diversas de la costa del Pacífico y de las Montañas Rocosas) frente a las ocho consonantes —sólo ocho o nueve— del hawaiano. ¿Serán puras coincidencias? Aun admitiendo en principio esa influencia, el problema es hasta dónde llega y cómo se determina en lenguas que tienen muchos miles de años de evolución, de desplazamientos y de contacto con otras lenguas.

A simple título de curiosidad recogemos algunas noticias hispanoamericanas. Se dice frecuentemente en Venezuela: "Los andinos hablan con el páramo entre los dientes". Luis Flórez observa en la pronunciación de la meseta de Bogotá la tendencia a abrir poco la boca al hablar, lo cual produce la impresión — dice — de que todos los sonidos se articulan en la mitad anterior de la boca, hacia los dientes. Y en el Ecuador afirma Humberto Toscano que el tipo serrano de la *s* resulta en parte de la costumbre de abrir muy poco la boca para articular, y que la pronunciación serrana suena en general como un cuchicheo. ¿Será ello prolongación de viejos hábitos transmitidos por la población indígena al habla de esas regiones?

de las tierras bajas, que representa sin duda las tendencias patrimoniales del español, es más invasor. La *j* aspirada, por ejemplo, ha escalado la región andina de Venezuela y la meseta de Colombia. La aspiración de la *s* se ha extendido por casi toda Colombia y las regiones altas del Norte argentino. En muchas regiones de Hispanoamérica —se observa en Nuevo Méjico, en Colombia, en El Salvador— convergen en los mismos lugares un fonetismo de tierras altas y un fonetismo de tierras bajas. El virtuosismo dialectológico registra en el mismo plano pronunciaciones como *ayá*, *ažá*, *ašá*, *ažá*, *aĉá* y *aá* (allá). La gente que pronuncia *ažá*, *ašá*, *ažá* o *aĉá* ¿cómo puede pronunciar *aá?* Hay sin duda dos estratos distintos de población, de distinta procedencia, y corresponde al investigador diferenciar de manera coherente los dos tipos de pronunciación.

También se ha observado que el fuerte consonantismo de las mesetas se atenúa a medida que se aleja uno de los centros rectores (la ciudad de Méjico, por ejemplo). El hecho obedece sin duda a la declinación de la influencia indígena, declinación que en algunas partes se produce a ritmo vertiginoso: el indio se disuelve en el mestizo y olvida su propia lengua. El hecho se ha observado en muchas regiones, aun en el vocabulario (Rodolfo Oroz lo ha señalado en Chile). Decía Terracini: "La lengua dominada se pierde en la dominante como una corriente en declinación". Y agregaba Amado Alonso: "El ideal lingüístico que rige el ejercicio del hablar impone al hablante ir borrando los rasgos etnistas".

Cabe preguntar: Una influencia como la que afecta a todo el fonetismo de las tierras altas ¿se siente acaso como rasgo etnista? Además, ¿cuál es el ideal lingüístico de una gran ciudad como Méjico y de casi todo el país, con su exaltación del pasado indígena? Más bien el mantenimiento de la mejor pronunciación mejicana, forjada a través de varios siglos de convivencia de blancos, indios y mestizos.

ÁNGEL ROSENBLAT

*Instituto de Filología "Andrés Bello"*
*Universidad Central de Venezuela, Caracas*

## ABREVIATURAS BIBLIOGRÁFICAS Y OBRAS CITADAS


Alonso, Amado: *Estudios lingüísticos: Temas hispanoamericanos*. Madrid, Editorial Gredos, 1953.

—, "Substratum y superstratum". *Revista de Filología Hispánica*, Buenos Aires, III, 1941, pp. 209–218. (Incluido en *Estudios lingüísticos: Temas españoles*. Madrid, Editoral Gredos, 1951, pp. 315–330.)

Alvar, Manuel: "Polimorfismo y otros aspectos fonéticos en el habla de Santo Tomás Ajusco". Memoria presentada al XI Congreso Internacional de Romanistas, Madrid, septiembre de 1966. (Hemos utilizado el manuscrito, por gentileza del autor.)

Battini, Berta Elena Vidal de: *El español de la Argentina. Estudio destinado a los maestros de las escuelas primarias*. Prólogo de Ángel Rosenblat. Buenos Aires, Consejo Nacional de Educación, 1964.

—, *El habla rural de San Luis*. Tomo I: Fonética, Morfología, Sintaxis. Biblioteca de Dialectología Hispanoamericana, VII, Buenos Aires, 1949.

*BDH*, Biblioteca de Dialectología Hispanoamericana, Instituto de Filología, Buenos Aires, 1930–1949, 7 vols.

Benvenutto Murrieta, Pedro M.: *El lenguaje peruano*. Tomo I. Lima, 1936.

*BICC*, *Boletín del Instituto Caro y Cuervo*. Bogotá, 1945–1966 (en publicación).

Boyd-Bowman, Peter: *El habla de Guanajuato*. México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1960.

—, "La pérdida de vocales átonas en la altiplanicie mexicana". *Nueva Revista de Filología Hispánica*, México, VI, 1952, pp. 138–140.

—, "Sobre la pronunciación del español en el Ecuador". *Nueva Revista de Filología Hispánica*, México, VII, 1953, pp. 221–233.

Cáceres Freyre, Julián: *Diccionario de regionalismos de la Provincia de La Rioja*. Buenos Aires, Instituto Nacional de Investigaciones Folklóricas, 1961.

Canellada, María Josefa y Alonso Zamora Vicente: "Vocales caducas en el español mexicano". *Nueva Revista de Filología Hispánica*, México, XIV, 1960, pp. 221–241.

Canfield, Delos Lincoln: *La pronunciación del español en América. Ensayo histórico-descriptivo*. Prólogo de Tomás Navarro. Bogotá, Publicaciones del Instituto Caro y Cuervo, 1962.

—, "Observaciones sobre el español salvadoreño". *Filología*, Buenos Aires, Instituto de Filología Hispánica "Dr. Amado Alonso", VI, 1960, pp. 29–76.

Catalán, Diego: "El español en Canarias". *Presente y futuro de la lengua española*, Madrid, Oficina Internacional de Observación del Español, I, 1964, pp. 241–280.

Duncan, R. M.: "Algunas observaciones sobre la fonología de la *s* palatal en el español de Nuevo México". *Primeras Jornadas de Lengua y Literatura Hispanoamericana*, Salamanca, II, 1956, pp. 223–228.

Espinosa, Aurelio M.: *Estudios sobre el español de Nuevo Méjico*. Traducción y reelaboración con notas por Amado Alonso y Ángel Rosenblat. Biblioteca de Dialectología Hispanoamericana, Buenos Aires, I, 1930.

Flórez, Luis: *Habla y cultura popular en Antioquia. Materiales para un estudio*. Bogotá, Publicaciones del Instituto Caro y Cuervo, 1957.

—, *La pronunciación del español en Bogotá*. Con prólogo de Tomás Navarro. Bogotá, Publicaciones del Instituto Caro y Cuervo, 1951.

Gagini, Carlos: *Diccionario de costarriqueñismos*. San José de Costa Rica, 2ª ed., 1919.

Garibay K., Ángel María: *Historia de la literatura náhuatl*. México, Editorial Porrúa, 1953.

Henríquez Ureña, Pedro: *El español en Méjico, los Estados Unidos y la América Central*. Trabajos de E. C. Hills, F. Semeleder, C. Carroll Marden, M. G. Revilla, A. R. Nykl, K. Lenzner, C. Gagini y R. J. Cuervo. Con anotaciones y estudios de Pedro Henríquez Ureña. Biblioteca de Dialectología Hispanoamericana, IV, Buenos Aires, 1938.

—, *El español en Santo Domingo*. Biblioteca de Dialectología Hispanoamericana, V, Buenos Aires, 1940.

—, "Observaciones sobre el español en América". *Revista de Filología Española*, Madrid, VIII, 1921, pp. 357–390.

Jakobson, Roman: "Sur la théorie des affinités entre les langues". *Actes du quatrième Congrès International de Linguistes tenue à Copenhague du 27 août au 1er septembre 1936.* (Reproducido en *Principes de Phonologie* de N. S. Troubetzkoy, París, 1964, pp. 351–365).

Lafone Quevedo, Samuel A.: *Tesoro de catamarqueñismos. Nombres de lugar y apellidos indios. Con etimologías y eslabones aislados de la lengua cacana.* Buenos Aires, 3ª ed., 1927.

Lenz, Rodolfo: *El español en Chile.* Trabajos de Rodolfo Lenz, Andrés Bello y Rodolfo Oroz. Traducción, notas y apéndices de Amado Alonso y Raimundo Lida. Biblioteca de Dialectología Hispanoamericana, VI, Buenos Aires, 1940.

Malmberg, Bertil: *Estudios de fonética hispánica.* Traducción de Edgardo R. Palavecino. Prólogo de Antonio Quilis. Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1965.

—, "Tradición hispánica e influencia indígena en la fonética hispanoamericana". *Presente y futuro de la lengua española,* Madrid, 1964, II, pp. 227–245. (Incluido en *Estudios de fonética hispánica,* pp. 99–126).

Martinet, André: *Économie des changements phonétiques. Traité de Phonologie diachronique.* Berna, 1955.

Matluck, Joseph: "La pronunciación en el español en el Valle de México". *Nueva Revista de Filología Hispánica,* México, VI, 1952, pp. 109–120.

—, *La pronunciación en el español del Valle de México.* México, 1951.

Meillet, Antoine: "Le problème de la parenté des langues". *Linguistique historique et linguistique générale.* París, 1926, pp. 76–109.

Molina, Fray Alonso de: *Arte de la lengua mexicana y castellana.* México, 1571. (Reimpresión en facsímil, Madrid, Ediciones Cultura Hispánica, 1945).

Montes, José Joaquín: "Sobre el habla de San Basilio de Palenque (Bolívar, Colombia)". *Boletín del Instituto Caro y Cuervo,* Bogotá, XVII, 1962, pp. 446–450.

Mossi, P. Fr. Honorio: *Gramática de la lengua general del Perú.* Sucre, hacia 1857.

Navarro, Tomás: *El español en Puerto Rico. Contribución a la geografía lingüística hispanoamericana.* Río Piedras, Editorial de la Universidad de Puerto Rico, 1948.

*NRFH, Nueva Revista de Filología Hispánica.* México, El Colegio de México, 1949–1964 (en publicación).

Oroz, Rodolfo: *La lengua castellana en Chile.* Santiago, Facultad de Filosofía y Educación, Universidad de Chile, 1966.

Palma, Ricardo: *Papeletas lexicográficas.* Lima, 1903.

Pichardo, Esteban: *Diccionario provincial de voces y frases cubanas.* La Habana. 1836. (Nueva edición, corregida y aumentada por Esteban Rodríguez Herrera, con el título de *Pichardo novísimo,* La Habana, 1953).

Predmore, Richard L.: "Pronunciación de varias consonantes en el español de Guatemala". *Revista de Filología Hispánica,* Buenos Aires, VII, 1945, pp. 277–280.

*Presente y futuro de la lengua española.* Actas de la Asamblea de Filología del I Congreso de Instituciones Hispánicas. Publicación de la Oficina Internacional de Información y Observación del Español. Madrid, 1964, 2 vols.

*RFH, Revista de Filología Hispánica.* Instituto de Filología, Buenos Aires, 1939–1946.

Santo Tomás, Fray Domingo de: *Lexicón o Vocabulario de la lengua general del Perú llamada quichua.* Valladolid, 1560. (Reimpresión en facsímil, Lima, Instituto de Historia, 1951).

Terracini, Benvenuto A.: "Sostratto". *Scritti in onore di Alfredo Trombetti.* Milán, 1938, pp. 321–364.

Toscano Mateus, Humberto: *El español en el Ecuador.* Madrid, Anejo LXI de la *Revista de Filología Española,* 1953.

—, "El español hablado en el Ecuador". *Presente y futuro de la lengua española,* Madrid, I, 1964, pp. 113–125.

Vidal de Battini: Véase Battini, Berta Elena Vidal de.

Weinrich, Uriel: *Languages in contact. Findings and Problems.* With a Preface by André Martinet. La Haya, 2ª ed., 1963.

Zamora Vicente, Alonso: Véase Canellada, María Josefa, y Alonso Zamora Vicente.